10 Julio 76.

TIMOTEO ALFARO.

LA LIRA RIOJANA,

COLECCION DE POESÍAS.

17.675

MADRID:
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Tudescos, 34, principal.
1876.

24-6ª-(21)
L47-1606

LA LIRA RIOJANA.

4952

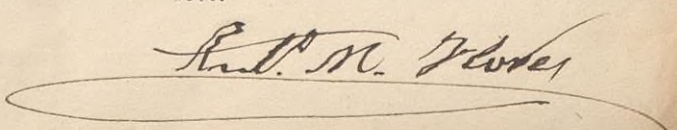
LA LIRA RIOJANA.

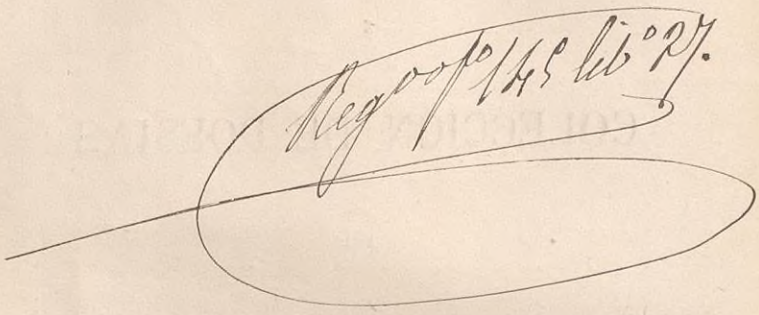
COLECCION DE POESIAS

POR

TIMOTEO ALFARO.

MADRID:
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Tudescos, 34, principal.
1876.





Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

PRÓLOGO.

Costumbre es que á las colecciones de poesías precedan prólogos escritos por célebres literatos ó eminentes críticos, que posponen la entereza de la censura á los elogios de la amistad y el patrocinio. Nosotros presentamos al público nuestras pobres inspiraciones sin el amparo de un prologuista; las presentamos, como el árbol que ofrece silenciosamente sus frutos, no como el vendedor que los llena de inmerecidos encomios.

Si nuestros cantos son malos, ¿por qué vestirlos con las plumas del pavo real? Y si son buenos, ¿por qué buscar un pregonero de su mérito, como si los lectores fuesen incapaces de comprenderlo?

Además, por conveniencia propia no debe el poeta mendigar prólogos. Del mismo modo que una brillante orquesta arrebata nuestra atencion del humilde murmullo de un arroyo, el prólogo de una eminencia literaria eclipsa

la belleza, ordinariamente escasa, de las composiciones de la obra.

Las poesías que tengo la honra de someter al criterio del público, han sido escritas en diferentes épocas de mi vida, pero no han recibido en el libro el órden correspondiente á los diversos tiempos en que brotaron de mi débil imaginacion, por evitar la monotonia que resulta de muchos asuntos semejantes seguidos, y de dos ó más metros iguales inmediatos.

Ultimamente debo decir que el principal objeto de su publicacion es el amor que el hombre tiene á comunicar al género humano lo que siente y lo que piensa. Modestia hipócrita fuera la mia si asegurase que estoy completamente desnudo de ambicion; pero conozco que mis fuerzas poéticas poco pueden elevarme, y no olvido que Milton, hablando de la ambicion en el libro noveno de su *Paraíso perdido*, dice que cuanto más alto se pone el pensamiento más grande es la caida.

TIMOTEO ALFARO.

LAS FLORES DE LA RIBERA.

—

Brilla en el monte la aurora,
Brilla en el campo el rocío;
Con sonrisa encantadora
Una vírgen pescadora
Mueve su barca en el rio.
Alegres, sus ojos bellos
Dirige á su alrededor;
Amante de sus cabellos
Pretende que luzca en ellos
La belleza de una flor.
Mire la niña do quiera
Verá millares de flores;
Ambiciosa considera
Que cruzando esta ribera
Puede encontrarlas mejores.
Entonando una cancion
Su navecilla apresura,
Pues juzga con presuncion
Que aquellas flores no son
Iguales á su hermosura.
«Habrá, prorumpe, otras flores
De más hermosos colores;
Bogaré con rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando mejores.»
Y navega sin cesar,

Y oye el grato murmurar
De corriente encantadora,
Y en ella ve reflejar
Su rostro la pescadora.
De orgullo henchida esclamó:
«¡Qué bella Dios me crió!
Ver esas flores me enoja,
Que no merecen las coja
Para ponérmelas yo!»
Bogue mi barca ligera,
Que bogando y más bogando
Encontraré otra ribera
Más florida y placentera
Que las que voy contemplando.
La navecilla bogó
Por las aguas conducida,
Pero la vírgen no halló
La ribera más florida,
Que en su entusiasmo soñó.
Mirando las nuevas flores
Grita con fuertes clamores:
«Bogaré sin rapidez,
Pues veo que cada vez
Las voy hallando peores!»
Volverse pretenderia...
Pero no conseguiria
Su dulce anhelo jamás;
Que el tiempo la barca guia
Y el tiempo no vuelve atrás.
La vírgen en derredor
Dirige sus ojos bellos
Y suspira con dolor;

No halla ni lánguida flor
Para adornar sus cabellos.
«¡Ay Dios! esclama: perdí
La esperanza que tenia!
¿Por qué una flor no cogí,
Cuando de flores habia
Millares cerca de mí?»
La esperanza de la flor
Cayó rodando al abismo;
¡Cuántas veces, ¡oh, lector!
Ve su esperanza lo mismo
La pescadora de amor!
Cuando jóven la doncella
Jóven se contempla y bella,
Y con ardientes afanes
Innumerables galanes
Están sufriendo por ella;
Despreciando sus amores
Dice: «Quisiera otras flores....
Bogaré con rapidez
Pues veo que cada vez
Las voy hallando mejores.»
De sus galanes querida,
Con esperanza de ver
La ribera más florida,
Boga la hermosa mujer
En el rio de la vida.
Y bogando y más bogando
Por conseguir el mejor,
Su juventud acabando,
Queda sin galan llorando
Cual la barquera sin flor...

A LA MUERTE.

—

De negra noche bajo negro manto,
Con la frente ceñida de beleño,
Junto á calladas tumbas do reposan
Generaciones en eterno sueño,
Quiero entonar á tu grandeza canto,
Muerte sublime; como tú sublime,
¡Ojalá el canto de mi plectro sea!
¡Ojalá el plectro á sus sonidos vea
Disiparse el profundo
Letargo de los vicios,
Do duerme y duerme envilecido el mundo!
Ya, anciana demacrada y silenciosa,
Insufribles hedores exhalando,
Por los resquicios de cabaña humilde
O de palacio altivo penetrando,
De la horrible epidemia
La horrible copa viertes
Y aldeas y ciudades
En cementerio lúgubre conviertes.
Ya guerrero coloso
De inmensa furia y de vigor inmenso
Grito lanzas del pecho cavernoso,
Y arrojas poderoso
Fuego de tus pupilas

Y alzas la espada y hieres horroroso
Y formidable ejército aniquilas.
Do quier la planta guio
Ruinas de tronos y naciones hallo;
Huellas de tu gigante poderío
Hallo do quier y atónito su vuelo
Tiende el fogoso pensamiento mio.
¡Vieron á tus furores,
Vieron lo mismo perecer mis ojos
Fuertes imperios que indefensas flores!
¿No de tu carro cesarán las ruedas
De crugir y matar? ¿No el pecho tuyo,
Ya fatigado de verter ponzoña,
Dormir ansía? Que tus alas pliegues
Y un momento descanses,
Pide la humanidad y en vano pide;
Acaso llegue un dia
En que á tu horrible mano que no acaba
De abrir tumba tras tumba,
Como sucumbe débil mariposa,
El gran conjunto universal sucumba.
Entonces, negra Diosa,
No hallando séres que matar tu brazo,
Querrás dormir y á tu profundo sueño
La eternidad ofrecerá regazo.
¿Quién el viento del mundo
Respirará, que tu poder no tema?
¿Quién que no sufra angustiador martirio
Al siniestro brillar de tu diadema?
Impávido amenaza el suicida
Su corazon con afilado acero;
Menospreciando el áura de la vida,

Al fuego horrible lánzase el guerrero.
¿Pero en ellos la trompa de la fama
Suena abatiendo tu poder gigante?
El suicida y el guerrero libres
De la pasion y el horroroso instante
De su parca en patíbulo aguardando,
Tiemblan y tiemblan más, cuanto más miran
Acercarse brillando
Para cortar sus cuellos tu guadaña,
Y sus temblores dicen que en el mundo
No hay quien desprecie tu potente saña.
¿Disputarán los fieros huracanes
Tu gloria en los estragos espantosos?
¿Disputarán los hórridos volcanes?
¿Disputarán los mares procelosos?
Ellos al mundo llenan de terrores;
Mas veo en sus furores
Armas que blande tu severa mano,
Duras armas que á veces
Burla el escudo del saber humano.
Otras armas, oh Diosa,
Otras armas esgrimes invencibles;
Si de la tierra en los profundos senos
Hombre latiese, en vano atacarian
Piélagos, torbellinos,
En vano arrojarian
Su lava los volcanes; como nieve
Sobre monte de mármol, los volcanes
Torbellinos y piélagos serian;
Pero vertiendo lenta
La ponzoña del tiempo, cesarian
De respirar del hombre los pulmones;

Que esa es el arma que jamás burlaron
Con su ciencia y poder generaciones,
Que esa es el arma inmensa
Que destruir al universo puede
Y hacer que ni recuerdo
Del universo en el espacio quede.
¿Hasta dónde sin tí, muerte horrorosa,
Hasta donde sin tí, deidad sublime,
Su ciega altaneria
Esa mar borrascosa,
Que humanidad se llama elevaría?
«¡Baja está, baja la region del viento!
Bajos los astros, ¡bajo el firmamento!
¡Bajo ante mí!» la humanidad diria;
Mas ve tu mano aterradora alzando
Losas de tumbas y á eternal abismo
Séres y séres sin piedad lanzando,
Y la que escelso Dios se creería,
La frente inclina á tus sublimes plantas
Y estática confiesa
Un Dios Omnipotente,
Y templo al Dios Omnipotente erige
Y en templo al Dios su corazon dirige.
Bate tus anchas alas
Muerte inflexible, y corre y atraviesa
Y vuelve á atravesar el orbe entero;
Y aunque el orbe te grite: «¡cesa, cesa!»
Siga matando tu potente acero.
Matar es tu destino,
Alta mision que acaso no comprende
De este pequeño mundo el peregrino.
Yo, contemplando el viento,

Yo, contemplando el esplendor del dia,
Yo, contemplando el líquido elemento,
Yo, contemplando el corazon del hombre,
Viento más impetuoso,
Dia más esplendente,
Occéano más grande y proceloso,
Hombre más bello y noble y generoso,
Veo á la luz de mi exaltada mente!
Y acaso los sepulcros
Por donde séres lanza
A perpétua mansion desconocida
Tu voluntad severa,
Son puerta de ese mundo, de esa vida
Que este poeta desgraciado espera!

AMISTAD DE LA BRISA.

—

Bella, encendida, olorosa,
En mañana deliciosa
Del mes risueño de Abril,
Alza su frente una rosa
Sobre el florido pensil.
Deseando complacer,
«Lleguen, dice, los que anhelan
Gratos perfumes oler;
Y tras el dulce placer
Blancas mariposas vuelan.
Y llegan y sorprendidas
De tal generosidad,
Repiten agradecidas:
«Diéramos, rosa, mil vidas
Por no perder tu amistad.»
«No dudeis, no veleidosa,
No amiga falsa soy yo»
Dice verdad; nunca rosa
Tan constante y generosa
En los jardines se halló.
«¿Dónde placer se divisa?
¿Placer, como el mio, dónde?»
Soltando dulce sonrisa
Dice la rosa á la brisa,
Y la brisa le responde:

«¡Fiando, vives fiando!
La mañana va pasando
Y la tarde llegará;
Va tu perfume acabando
Y tu abandono vendrá.»
«¿Mis amigas mariposas
Se marcharán presurosas
Dejándome sola aquí?
¡No, mira que cariñosas
Vuelan en torno de mí!»
Rauda la tarde llegó,
En los mares de occidente
Su rostro el sol ocultó,
Y su antes lozana frente
Mustía la rosa inclinó.
Aquellas que se juzgaron
Felices con su amistad,
Su infortunio contemplaron
Y crueles la dejaron
En amarga soledad.
«¡Venid, esclama angustiosa;
A consolar el dolor
De la amiga generosa!»
Mas no escuchan á la rosa
Porque ha perdido su olor.
¡Oh! la infeliz suspirando
Sin dulces treguas está,
Y la brisa murmurando:
«La mañana va pasando
Y la tarde llegará.»
«¡Escuché tu profecia,
Y su verdad no creí!

¡Por castigo merecia
Que huyeras, oh brisa mia,
Que huyeras tambien de mí!»
Mas la brisa cariñosa
Tiende su rápido vuelo
Hácia la amiga llorosa,
Y con su dulce consuelo
Valor adquiere la rosa.
«¡Si hay malos, buenos tambien!
La rosa esclama; contigo
Valor me presta el eden!
¡Oh! ¡es el ángel del bien
En la desgracia un amigo!»

EL MUNDO, EL HOMBRE Y DIOS.

—

¡Grande es el orbe! De impetuoso viento
Oigo sonar horrísonos bramidos;
Con el empuje de furor violento
Bosques impenetrables combatidos
Tuercen sus copas; sube al firmamento
El rugir de borrascas; impelidos
Son por el cierzo horribles nubarrones,
Que llevan el espanto á otras regiones.

¡Orbe sublime! Veo astros grandiosos
Por la vacía inmensidad errando;
En la tierra volcanes hervorosos,
Lava por ancho cráter vomitando;
Mares inmensos braman borrascosos
Contra las rocas naos estrellando;
De terremoto al sacudir violento
Tiembla del mundo el sólido cimiento.

Aunque gusano vil, me alzo insolente,
El sacro altar de la prudencia violo;
Cruza el espacio mi abrasada mente,
Visita el sol y el escondido polo,
Juzga insensata ver omnipotente
De sus grandezas el arcano, y sólo
Puede esclamar del cuadro que la absorbe:
«¡Grande mil veces me parece el orbe!»

Mas aunque ruja piélago horroroso,
Aunque á su empuje desgarrados vea
Bosques inmensos, ábrego furioso,
Aunque hierva volcan, ¿nada hay que sea
Más grande que ese mundo portentoso?
Con libros mil que sin cesar hojea
Y herradas picas que tremendo blande
Oigo al hombre decir: «¡Yo soy más grande!»
¿Más grande el hombre? ¿romperá terrible
Cráneos su brazo, cual leon forzudo?
¿Ascendió al firmamento inaccesible
Cual águila, en sus alas? ¿diestro pudo
En su cuna blandir lanza invencible?
Indefenso nació, nació desnudo;
Mas trajo al orbe luminosa mente
Y sobre el orbe se elevó potente.
¿No veis cual alza torres asombrosas
Sobre profundo, enorme fundamento?
¿Cual construye murallas poderosas
Donde se estrella embravecido viento?
Las regiones del eter espaciosas
Atraviesa diciendo al firmamento:
«Escelsa es tu mansion, pero el humano
En globo sube á descubrir tu arcano.»
¿Alza la frente en todas las regiones
Del universo el hombre dominante?
¿No hay quien le venza? Lóbregas mansiones
Veo abrirse de tumba que aterrante
Sumerge sin cesar generaciones;
Este mundo que alumbra el sol radiante,
Que el viento besa y la agua fecundiza
¡Es cuasi de cadáveres ceniza!

Ve el hombre que su raza poderosa
Al fin consigue cuanto ardiente afana;
Mas ve tambien con alma congojosa
Que súbito, si vive en la mañana,
Tal vez muera en la tarde; tenebrosa
Tumba confunde la soberbia humana;
Si para el hombre tumba no existiera
Del mundo Dios el hombre se creyera.

Pues su amada existencia se desliza
Al sepulcro, cual rápido torrente,
Y nunca de un cadáver la ceniza
Pudo animar su esclarecida mente,
Él mismo á las edades patentiza
Que existe un Dios eterno, omnipotente,
Un Dios á cuyo aliento soberano
¿Qué es el orgullo del saber humano?

Eleva el hombre alcázar poderoso
Para burlar embravecidos vientos;
Mas si lo ordena Dios, con fragoroso
Ruido destruyen sólidos cimientos;
Contemplando las olas desdeñoso
Surca en navío mares turbulentos
Mas si Dios los agita, sus terribles
Senos absorben flotas invencibles.

Ese alto Dios los campos ilumina,
Dá fruto al árbol y murmullo al rio,
Rayos que siembran el pavor fulmina,
Suelta ó detiene el huracan bravío,
Ese alto Dios los astros encamina
Por el mar silencioso del vacío,
Ese alto Dios en los espacios truena,
Ese alto Dios los mundos encadena.

Tal vez un dia el sol resplandeciente
Con un ligero céfiro apagando,
Con sus dedos la máquina potente
De los inmensos orbes arruinando,
En su divina, gigantesca frente
La universal diadema colocando,
Por los espacios infinitos ande
Diciendo á lo que fué: «Yo soy más grande.»

LA ROSA Y LA ESPINA.

—

Luscinda, niña gentil,
Luscinda, niña sincera,
Salta con gracia infantil
Por sus jardines, que Abril
De hermosas galas cubriera.
Para gozar suave olor,
Marcha en busca de una flor,
Quiere cojer la más bella,
Y se dirige hácia aquella
Que le parece mejor.
Llena, exclama, de placer:
«¡No puede otra rosa haber
Tan fragante y peregrina!»
Pero la rosa al coger,
Siente en su mano una espina.
Tristes clamores lanzando,
Mientras la herida cruel
Está con fuerza apretando,
De su inhumano vergel
Huye veloz exclamando:
«¡Cielos! ignoraba yo
Que es la hermosura engañosa!
¡No quiero más flores, nó;
Por coger la más hermosa,
Espina cruda me hirió!»

Discreta la niña Luisa
Que cerca estaba de allí,
Repetia para sí
Desprendiendo una sonrisa:
«¡En daño ajeno aprendí!»
Ansiando gratos olores,
Tambien ella entre las flores
Quiere coger una flor;
Entre todas las mejores
Dirígese á la mejor.
Alegre exclama: «¡Óh placer!
¡Sus hojas son peregrinas!
Mas...cuidado he de tener,
Porque pudiera esconder
Entre sus hojas espinas.»
Con detencion la miró,
Punzante espina encontró;
Huyendo de su presencia,
Llena de gozo esclamó;
«¡Cuánto vale la experiencia!»
Tiende su mano á otra flor
No tan lozana, tan bella,
Mas le parece mejor,
Porque exhala grato olor
Y no hay espinas en ella.
Nosotros, si no queremos
Padecer los sinsabores
De infortunados amores,
La mujer examinemos
Como esa niña las flores.
No vayamos á escoger
Sin exámen, la mujer

Más jóven, rica ó hermosa,
Porque pudiera tener
Espinas como la rosa.
Pues muchos hombres hallamos
Que se engañaron así,
Una estudiada escojamos
Y como Luisa digamos:
«¡En daño ajeno aprendí!»

LA MUERTE DE UN BANDIDO.

—

Sólo del mundo un paso hay á la tumba,
El hombre vive sin pensar en él;
Cuando la muerte en sus oidos zumba,
¡Ese paso... ese paso es tan cruel!...

Tú lo olvidabas ciego en la montaña
Con la sed de los robos infernal;
Tú lo olvidabas al hundir con saña
En inocente corazon puñal.

Si de fosas abriste negras puertas
Al caminante con dureza allí,
Hoy al mirar las de tu fosa abiertas,
¡Es tan cruel el paso para tí!

Gime, pobre mortal, tú que reias
Cual si bebieras copa de placer;
Cuando á tus plantas hórridas veias
Entre su sangre víctimas caer.

Y gime, y se revuelca en duro lecho,
Y retuerce sus brazos al dolor,
Y de la cueva en el oscuro techo,
Brotando ve fantasmas de terror.

Fantasmas son de gente que otro dia
Asesinó su brazo criminal,
Fantasmas que á turbarlo en su agonía
Huyen del subterráneo infernal.

Ya crecen, ya se acercan, ya le llaman
Con estinguida lastimera voz;
Sus apagados ojos ya se inflaman,
Ya va á estallar su cólera feroz,
Quien desdeñando tierra y firmamento,
Víctimas hizo con escarnios mil,
Ruégales hoy con abatido acento
En los delirios de su ardor febril.
Vano es el ruego; en forma de alimañas
De hórridas uñas, hórrido mirar,
Sus brazos y su pecho y sus entrañas,
Lánzanse con furor á desgarrar.
Al infierno sus miembros palpitantes
Llevan alegres en correr veloz;
De azufre en las hogueras aterrantes
Los precipitan con violencia atroz.
El rostro oculta en su asqueroso lecho
De la vision horrible por huir,
Y gime y gime el moribundo pecho,
Y entre la ropa espira su gemir.
Ya libre se halla del fatal delirio
Que esclavizada tuvo su razon;
Mas libre no del bárbaro martirio
Que le destroza cuerpo y corazon.
Aun de su pecho arranca lastimeros
Ayes, y gritos su dolor sin fin,
Y en tanto sus feroces compañeros
Sacian el hambre en rústico festin.
Y beben, y sus bocas desbordadas
En un piélago inmenso de embriaguez,
Con cantares, silbidos, carcajadas
De la caverna llenan de estrechez.

Oyelos el cuitado moribundo,
Gruesa lágrima vierte en su afliccion;
¡Quedan de goces en ardiente mundo!
¡Marcha de tumba á la glacial mansion!
Los que fueron un dia sus hermanos
En la odiosa carrera criminal,
Hoy por beber olvídanlo inhumanos,
De muerte horrible en el horrible umbral.
Recuerda que martirios padeciendo,
Tres lunas antes otro sucumbió;
Que en los placeres del festin riendo,
Cual le abandonan él le abandonó.
Recuerda que su padre idolatrado
De la virtud por el sendero fué,
Que descendió á la tumba resignado
Con santa calma, con ardiente fé.
Que sus débiles brazos le tendiera
Cuando bajaba al lóbrego ataud,
Que le rogó sus pasos dirigiera
Por el valle feliz de la virtud.
Mas todo en vano; jóven imprudente
De un padre los consejos olvidó,
Y con placer de la malvada gente,
Los malvados consejos escuchó.
Y en las entrañas hoy de una caverna,
Y víctima de cruda enfermedad,
Oye una voz de la morada eterna,
Una voz que condena su maldad.
Esa es la voz de un sér que no creia,
Y hoy confiesa, y hoy teme su poder;
Hoy en el borde de la tumba fria
Suenan sus ruegos al negado sér.

Suenan sus ruegos, ¡afligido piensa
Que raudal el divino corazon
Es como el suyo de venganza inmensa,
Siendo raudal de inmensa compasion!
El instante llegó; muere el perverso
En brazos del inmundo Satanás;
Un hombre ménos cuenta el universo,
Cuentan las tumbas un cadáver más.

DOS NUEVAS ARRUGAS.

—

Cuando el alba sonreia,
Doncella á quien dado habia
Buen rostro amor y buen talle,
Con ansia inmensa cogía
Flores en ameno valle.
¿Por qué un suspiro doliente
Y otro suspiro lanzó?
Porque la edad inclemente
La tersura de su frente,
Con una arruga surcó.
Tejer corona esperaba,
Envidia de los primores;
Contra la arruga atentaba;
¡La arruga ocultar pensaba
Con la corona de flores!
Llega el murmullo á su oido
De un arroyuelo escondido;
Búscalo rauda, cual viento,
Para ver si ha recibido
La odiosa arruga incremento.
Lo encuentra y llega agitada,
Y se acerca á la corriente,
Y gime desesperada
Porque contempla surcada
Con otra arruga su frente.

Beldad quiera no haber
Jamás la triste ostentado;
¡Ay! el mal de carecer
Es preferible á perder
Los bienes que se han gozado!
Lágrimas copiosas vierte,
Y esas lágrimas enjuga,
Esclamando con voz fuerte:
«¡La muerte horrible, la muerte
Quisiera más que otra arruga!»
Encorvado por la edad,
Hambriento mendigo llega
Donde gime la beldad;
Que alivie un tanto le ruega
Su amarga necesidad.
«Perdona, responde, hermano,»
Si ella por la arruga llora
Que le dió el tiempo inhumano,
Lágrimas vierte el anciano
Porque el hambre le devora!
Mujer que ademan severo
Y noble mirada ostenta,
Cual cefirillo ligero,
Cruza el valle placentero
Y á la jóven se presenta.
«Un génio soy que afanoso
Viene á darte una leccion,
Dice, y al pecho angustioso
Le acerca espejo precioso
Donde se vé el corazon.
Arrugas que tu malvado
Corazon surcando están,

Con arruga has aumentado,
No habiendo al hermano dado
Ni negra miga de pan.»
«Por no despertar tu ira
Al espejo miraré!...
La jóven contesta, y mira,
Y no doliente suspira
Por las arrugas que vé.
El génio dice mostrando
En su voz hondo pesar;
«¡Oh! ¡la belleza adorando
Y cual fango, despreciando
De la virtud el altar!
¡Arruga en rostro nacida
Será en polvo convertida!
¡Arruga del corazon
Será arruga en la mansion
Que hay más allá de la vida!»
Calla el génio, busca ardiente
Por los espacios huyendo,
Nuevo valle y nueva gente;
La jóven queda gimiendo
Por la arruga de su frente!
¡Cuántos en el mundo alientan
Que cual gran tribulacion,
Arruga en rostro lamentan,
Mientras viles alimentan
Arrugas del corazon!

FANTASIA CRUEL.

—

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Ven que contigo
Mi ardiente pecho respirar ansía!
¡Ven á mis brazos, ven, hermosa mia!
¡Ven, que me abraso en llamas de tu amor!
Ay! ¡No me escucha! ¡Mi ardoroso fuego
En balde por los vientos resonando!
¡Ay! ¿Por los mares del pesar bogando,
Quieres que viva el pobre trovador?
Del grato Álhama al plácido murmullo,
A los trinos de tiernos ruiseñores,
¡Oh! ¡Cuando apenas las sencillas flores
De mis niñeces deshojadas ví,
Ya cantaba, ya lágrimas vertia,
Y de mis ojos el copioso llanto
Y de mi lira el entusiasta canto
Eran, paloma celestial, por tí!
Y hoy de la noche adórote á la sombra,
Y hoy á las luces del brillante dia,
¡Y eres parto de loca fantasía!
¡Tienes tan solo formas de mujer!
¡En vano, en vano con acento fuerte
De mi delirio en el ardiente esceso,
Pido á tus lábios amoroso beso,
Beso que preste sin igual placer!

Nunca en palmera movimiento vióse
Flexible cual flexible el de tu talle,
Nunca frescura, cual la tuya, en valle,
Nunca belleza, cual la tuya en flor!
De regiones fantásticas desciende
Y el fuego sacia del volcan que siento,
¡Oh! ¡Desciende, si en lira de contento
Quieres tornar mi lira de dolor!

Siempre, ninfa, extasiándome contigo;
Siempre contigo, ninfa, delirando.
Anoche el bosque recorrí pensando
Mis tiernas ansias encontrarte en él;
A mis reclamos sólo contestaban
Las brisas murmurando entre las hojas;
De mi doliente amor en las congojas,
Mil veces mil te apellidé cruel.

Hoy la montaña recorrí afanoso;
Los sencillos pastores que me vieron,
«¿Dónde vas afanoso?» Me dijeron;
«¡Voy á buscar mi suspirado amor!»
Si oido hubiera de mis tristes lábios
Que esa mujer nació en mi fantasía,
De cabaña en cabaña ¡cuál iria
La rara nueva de mi loco ardor!

Entre las gentes los hermosos rostros
De las doncellas contemplando atento,
Hallar el rostro de mi amada intento;
No entre las gentes lo consigo hallar;
Como gime la alondra que en las garras
Sus hijos vé del gavilan odioso,
Gimiendo estoy, al tiempo presuroso
Mis esperanzas viendo arrebatar.

Bello fantasma del Eden caido,
Que cara flor de mis ensueños eres,
Del mundo entre las vírgenes mujeres,
Mis tiernos brazos hállente, mujer;
Ven, envidia del valle, ven, no tardes,
Mi alma te espera con su amor inquieta;
No guirnaldas de flores el poeta
Para tus sienes cesa de tejer.

Mira, amor mio, amarillentas hojas,
Del otoño á los céfiros cayendo;
Por eso ingrata golondrina huyendo,
A otras regiones presurosa vá;
Mira, amor mio, enfurecido viento
La juventud de arrebatarme trata,
Ven luego, ven, que golondrina ingrata
De mí huirás en la vejez quizá!

¡Ven á mis brazos! ¿Oyes? ¡Te lo ruegan
El rio con su plácido murmullo,
La inocente paloma con su arrullo,
Con sus trinos el tierno ruiseñor;
En vano ruega el ruiseñor, en vano!
¡En vano la paloma! ¡En vano el rio!
¡Ay! ¡Perla hermosa del ensueño mio!
¡Qué será del poeta sin amor!

DOS VIAJERAS.

—

Cuando la tarde caia,
Se encontraron en profundo
Y tétrico valle un dia,
Dos mujeres que á porfía
Viajando van por el mundo.
La una dulce, riente,
Captarse la voluntad
Queria de inmensa gente;
La otra alzaba su frente
Con noble severidad.
«¿A dónde vas?» la primera
Dijo á la mujer severa;
«Sin descanso en su camino,
Anda esta pobre viajera,
Porque es viajar su destino.
«¿Y tú en el valle morando
Ves tu existencia pasar?»
«No moro en el valle, que ando,
Como tú siempre viajando,
Que es mi destino viajar.»
«¿Bien en el mundo te ha ido?»
La severa preguntó.
«La suerte me ha protegido,
He gozado y no he sufrido,»
La riente contestó.
Tras poderosos mortales,

No tras mendigos marché,
Y en los palacios ducales
Y en los palacios reales
Francas las puertas hallé.
Dulces mis lábios hablaban
Y dulces les ponderaban
Virtudes que no tenian;
Los defectos les callaban
Que su interior corroian.
Ambos sexos me llamaron,
Ambos sexos sonriendo
Mis palabras escucharon,
Y sus tesoros abriendo
Mis falsedades pagaron.
Quien no adula, en hondo mar
De horrible miseria espira;
Si deseamos medrar
Nos es preciso halagar
Con deliciosa mentira.
Esta es mi historia: quisiera
De tí saber lo que fué.»
«Pues oye, feliz viajera,
Dice la mujer severa;
Y mi historia narraré.
«Yo á los poderosos reyes
Hablé con la dignidad
Que á los populares greyes,
Porque son mis santas leyes
Las leyes de la verdad.
Les hablé de sus errores,
Les hablé de su ambicion,
Les hablé de sus rencores,

Y con horrendos furores
Me dieron su maldicion.
Que nunca mi acento engaña,
Con fuerte voz repetí;
Maldicion con igual saña
En la mísera cabaña
Que en el alcázar oí.
Con ademán majestuoso
Sufro acento desdeñoso,
Sufro ultraje furibundo,
Porque un deber religioso
Voy llenando por el mundo.
Mi viaje siempre fué santo,
Siempre inícuo el tuyo fué;
No con su mágico encanto
Es digno tu rico manto
De dar alfombra á mi pié.
Maldigo tu negro anhelo
Que el mal del humano encierra;
Huye, tu trato repelo,
Porque soy mujer del cielo
Y tú mujer de la tierra.»
Ambas su ruta tomaron,
En los vientos resonaron
Las pisadas de las dos;
Unas en tierra quedaron,
Otras subieron á Dios.
El vicio de una viajera
Y de otra la santidad,
No estrañe el lector, porque era
La adulacion la primera,
La segunda la verdad.

EPÍSTOLA MORAL A ANTÍGONO.

Cual impetuoso torbellino el mundo
Rompiendo diques, despreciando riesgos
Va tras el oro; Antígono querido,
El alma eleva y la fortuna busca
Por otra senda, que la estirpe humana
Menosprecia tal vez.
¿Qué gratos bienes
Tesoro inmenso proporciona al hombre?
Alcázares sublimes donde erguidas
Cien torres se levantan, blando lecho
De pluma y seda, alfombras esplendentes,
Ricas bugías, estimadas perlas,
Opíparos banquetes cuyas sobras
Sirvieran de benéfico sustento
A cien cabañas; pero ¿goza el alma
Dulce tranquilidad con las grandezas
Que ese metal fascinador prodiga?
Temblando veo al opulento humano
En la callada noche y en los valles
Y montañas desiertas; poderosas
Rejas de bronce le parecen velo
Que el aura puede arrebatar; no aflige
Al rico solo la inquietud; dominio
Tan grande ejercen sobre el pecho humano
Las riquezas ansiadas, que por ellas

Uncido á la carroza halagadora
De los vicios se vé, y el que otro tiempo
Robusto jóven fuera, hoy descarnado,
Pálido, macilento, cual horrible
Esqueleto que se alza de las tumbas,
Cruza las calles; la amistad que dulces
Caricias nos ofrece, que consuela
En la desgracia nuestras almas, sólo
Es para el rico adulacion, que astuta
Por oro vende engaños lisonjeros;
Por oro acaso al estravío lleva
El corazon del rico, pronunciando
Bríndis sobre el cadáver lastimoso
De su virtud.
Al entonar mi lira
Canciones contra el oro, no pretendo
Que se sumerja el hombre en los amargos
Mares de la pobreza. ¡Cuán horrible
Es el dolor del hambre! La vergüenza
Del infeliz, que por las calles pide
¡Cuán horrible es tambien! ¡Ay del que tiene
Esposa tierna y adorados hijos
Que gritan: «¡Pan!» Y responder su boca
Puede tan sólo: «¡Prendas de mi alma,
Yo tambien comeria!»
La ventura
Del hombre mora lejos del brillante
Metal precioso y lejos de la triste
Roedora miseria; parca mesa,
Mesa frugal y habitacion sin ricas
Alfombras y bugías; pero firme
Contra el empuje de furiosos vientos,

Que preserve del frio y los ardientes
Rayos del sol, habitacion y mesa
A que aspirar debieran los mortales,
Son, mi querido Antígono; ni el crudo
Sufrimiento del hambre, ni el espectro
De la inquietud afligirán horribles
Como al mendigo en su desnuda choza
Y al opulento en su fastuoso alcázar.
Mueva su barca con afan el hombre
En busca de esa isla de ventura;
Mas por las aguas del sagrado rio
Del trabajo navegue. ¿No nacemos
Con aptitud para cavar las tierras
Y penetrar recónditos arcanos
Del universo? Trabajando el hombre
Menosprecia los tiros infernales
De la calumnia; trabajando olvida
El fantasma engañoso del orgullo;
Líbrase trabajando de las súcias
Aguas del lago de sensuales vicios.
¡Qué sabroso es el pan cuando se gana
Con el trabajo! El ósculo que imprimen
En nuestros lábios cariñoso padre,
Niño inocente, enamorada esposa,
¡Qué placeres ofrece cuando el hombre
Torna de trabajar! No turba leve
Ráfaga de inquietud el sueño nuestro;
Despertamos tan sólo cuando el ave
Trina en el campo y por doquier que miren
Nuestras pupilas, brillan tan risueñas
Que hablan al mundo del contento inmenso
Que reina en nuestras almas.

Armoniosas
Liras de bardos de la edad pasada
Cánticos entonaron seductores
Elogiando esa vida: «Las ciudades
Populosas dejad, huid ligeros
De la tremenda tempestad del mundo,»
En sus mágicos cantos añadian.
¡Dichoso es trabajar en los tranquilos
Valles oyendo el susurrar del aura,
El murmullo del rio y el gorgeo
Del inocente ruiseñor! ¡Dichoso
Mil veces mas si el templo donde oramos
Cuando niños, se eleva en esos valles,
Y junto al templo las calladas tumbas
De los padres están! Pero ¿nacemos
Para buscar nuestra ventura sólo?
¿Rendiremos esclavos nuestras frentes
Al rey que llaman egoismo? Raudos
Salgamos de la vida placentera
De nuestros campos, cuando tristes ayes
Del prójimo nos piden desde el ronco
Turbado mar de la desgracia, amparo.
Una patria es el mundo y esa patria
Una familia; el hombre cuando nace
Nace hermano del hombre, hijo querido
Del alto Dios; cumplamos los deberes
Que impone la hermandad, ese grandioso
Eterno ser nos mira y para el hombre
Honrado guarda aureola de gloria.

LA SOCIEDAD DE LAS FLORES.

—

Del mes florido de Abril
Sonrie plácida aurora,
Amor entra en el pensil
Y de una rosa gentil
Lirio gentil se enamora.
Teme ella traicion impia,
El en suspiros su afan
Con los céfiros le envia;
Por fin la rosa confia
Y vence el lírio galan.
Y la acaricia y se aleja
Y ella prorumpe: «Me deja
Sin mi inocencia y mi honor.»
Y él responde: ¡vana queja!
Voy á buscar otra flor.
La rosa acude al clavel,
Soberano del vergel;
Espera que el cumplimiento
Del solemne juramento
Exigirá al lírio infiel.
A su vasalla enojado
El gran monarca responde:
«Ya que al honor has faltado,
Ese cáliz deshonrado
Entre las flores esconde »

Con acento lastimoso,
Vertiendo llanto copioso,
Ella maldice la ley;
En tanto el lírio orgulloso
Brilla en la corte del rey.
Queriendo dar la debida
Razon de tantos rigores,
Dice el rey á la ofendida:
«Así está constituida
La sociedad de las flores.»
En la córte esplendorosa
Busca el lírio flor más bella
Para enlazarse con ella,
Y de la ultrajada rosa
Suena esta triste querella:
«El lírio amor me juró,
Por gratitud lo adoré,
Pérfido me abandonó,
¡Y honrado el lírio quedó,
Y deshonrada quedé!»
Algunas ocultas flores
Que la querella escucharon,
Tristemente suspiraron,
Que así tuvieron amores
Y así en deshonra quedaron.
Oye el céfiro que anhela
El triunfo de la verdad,
Y á pedir justa igualdad
Para los jardines vuela
A la humana sociedad.
Y en alcázares suntuosos
Y en cabañas miserables

Halló mujeres amables
Rogadas por engañosos
Corazones detestables.
Sensibles amor creyeron
Y con amor contestaron;
Los hombres las deshonraron
Y ellos que la causa fueron,
Ellos con honra quedaron.
El céfiro confundido
Ante un mundo que cruel
Ley tan bárbara ha escogido,
Exhala un triste gemido
Y torna al fresco vergel.
«Ya no hay esperanza, grita,
De igualdad en los amores;
¡Ay! Esa raza maldita
Que llaman del hombre, imita
La costumbre de las flores.

FUGACIDAD.

—

Nube se tiende en el espacio ufana,
Y huye disuelta al viento azotador;
Cuna risueña tiene en la mañana,
Tumba en la tarde la fragante flor.
Bosques ostentan pabellon sombrío
Y el tiempo bosques mata sin piedad;
Ruge y perece vendaval bravío,
Ruge y perece fiera tempestad.
Caen centellas rápidas y hieren,
Hieren y pierden lumbre y rapidez;
Nacen, respiran, envejecen, mueren,
Ave en el campo y en el agua pez.
¿Pasa tambien el hombre que como hombre
Mas que la tierra júzgase feliz?
¿Ese escogido sér á cuyo nombre
Cuasi la tierra tuerce su cerviz?
Al mundo viene, lúcidos destellos
Lanza cual sol su fresca juventud,
Súrcanle arrugas, caen sus cabellos,
Traga su cuerpo lóbrego ataud.
Generaciones á vivir llegaron,
Y ya sus huesos en la tumba están,
Nuevas generaciones respiraron,
Nuevas generaciones pasarán.

¡Ay! esa fuga detener no pueden
Fuerza, riqueza, ruego, adulacion;
Nazcan humanos y en el mundo queden;
¿Por qué no eternos los humanos son?
No el génio torvo de la horrible guerra
Triste cadáver mirará á sus piés,
No alzará el hombre alcázar sobre tierra
Que acaso polvo de sus padres es.
Llega á mi oido acento sobrehumano
Que no tan fuerte escucharé jamás:
«Eres, me dice, mísero gusano
Que ni tu idea comprendiendo estás.
Si del recinto sepulcral salieran
Los que á su seno tétrico arrojé,
Cien y cien mundos como grano fueran,
Grano de tierra para enorme pié.»
Tus manos, Dios, que un mundo nos conceden
Nuevos mundos tambien concederán;
Cien y cien mundos contener no pueden,
Mil y mil mundos contener podrán.
Mientras por el espacio resonando
Está del vate la entusiasta voz,
Pasando van las plantas y pasando
Va de mi vida el bergantin veloz.
¡Ay! ¡qué misterio tan profundo encierra
Que pasen tantos séres sin cesar
Y no pasen los astros ni la tierra,
Ni pase el mónstruo que se nombra mar!
Ojos los astros fúlgidos comprendo
Sean tal vez del eternal Señor,
Cuerpo la tierra y el rugir tremendo
Del ronco mar acento pasmador.

A los humanos huesos que en la fosa,
Lecho de todos, descansando están,
Con voz preguntaria respetuosa,
Pero á mi voz los huesos callarán.

Pasen las plantas, los vivientes pasen;
Nadie podrá el secreto descorrer;
Aunque deseos de saber me abrasen,
Mi destino es pasar y no saber.

LA ROSA DE ALEJANDRIA.

—

Dejad que al dulce sonido
De mi humilde bandolin
Acaricie vuestro oido
Con un suceso leido
En la historia de un jardin.
Amaba ardiente á la rosa
De Alejandria un clavel;
Sobre su tallo orgullosa
Menospreciaba la hermosa
Los amores del doncel.
Mas por el doncel sentia
Su alma volcánico ardor;
La rosa de Alejandria
Con sus desprecios queria
Gran prueba obtener de amor.
De sus desprecios cansado
El clavel enamorado,
«Renuncio á tu amor» esclama,
Y se rinde apasionado
Ante el altar de otra dama.
«En toda prueba amorosa
Sé dulce, nunca cruel,»
Una amapola juiciosa
Dice severa á la rosa,
Que dió al olvido el clavel;
El orgullo y la dureza

Ardientes amores matan,
La bondad y la franqueza
Con majestuosa entereza
Corazones arrebatan.»
Respuesta el cáliz atento
De la amapola aguardó;
Al consejo del talento
La rosa con el acento
De la altivez contestó:
«La triste que la amargura
De no tener hermosura
Al mundo vino á sufrir,
Con acentos de dulzura
Los pechos debe rendir;
Altiva y cruda ha de ser
La de belleza radiante,
Si se propone saber
Adonde llega el querer
Que tanto ensalza el amante;
Deseo para marido
Una flor que haya sufrido
Las durezas de esta flor;
Así me habré convencido
De la verdad de su amor.»
Brilló el alba de otro dia
Y sin cesar repetia
A la rosa un alelí:
«Dame un suspiro, alma mia,
Que muero de amor por tí.»
Tambien sin cesar la rosa
Con crueldad lo trataba,
Y veia jactanciosa

La lágrima dolorosa
Que el alelí derramaba.
Dejó á la flor inclemente
La flor humillada al fin,
Y adoró con pecho ardiente
A una rosa más prudente,
Que halló en el fresco jardin.
Otros galanes que vieron
A la cruel y la amaron,
Breves momentos sufrieron,
Que á la cruel conocieron
Y á la cruel olvidaron.
Rindióse á sus piés un lirio
Y amor eterno juró;
La rosa lo maltrató,
Y él, que amaba con delirio,
Humilde esclavó sufrió.
«Meréceme por esposa
Este sufrido doncel,»
Alzando frente orgullosa,
Dijo la encendida rosa
A las flores del vergel.
Mientras la rosa se unía
En himeneo al amante,
Dicha al jardin predecia,
Y la amapola incesante
A la novia repetia:
«Sólo tu bello esterior
Lo conduce al himeneo;
Ay! pobre flor, pobre flor;
Cuando agote su deseo
Recordará tu rigor.»

Vió al fin mustia la corola
De su deidad el rendido
Corazon y abandonóla;
Quedó el presagio cumplido
De la elocuente amapola.
Desde entonces vino á ser
La rosa de Alejandria
El libro de la mujer;
Mujeres hay en el dia
Que no lo saben leer.

NAPOLEON Y ESPAÑA.

—

Cual fieros aquilones
Doblan los bosques y los mares turban,
Impetuoso guerrero
Sumerge en sangre bélicos pendones
Que con terror miraran las naciones.
De nuevo esgrime su tajante acero,
De nuevo arrolla ejército potente.
¿Le basta que altanero,
Laurel de cien batallas
Luzca, cual sol, en su invencible frente?
El mundo, el mundo entero,
Cual perro vil, encadenar intenta,
Y el mundo, el mundo es poco
Ante el orgullo que en su pecho alienta.
Si su ambicion pudiese,
Con la asombrosa rapidez, que cae
Rayo de luz, el cielo escalaria
Y la corona, que los orbes rige,
De la divina sien arrancaria.
Como sonrie piélago sereno
Despues que con borrascas horrorosas
Naos sumerge en su profundo seno,
Ese rey colocado
En su robusto trono,

Plácido con sus triunfos sonreia
Y á la valiente Iberia contemplaba
Que presa ya de su ambicion creia.
Mas de la Iberia por los bellos campos,
Vió que con noble majestad rugiendo
Bravo leon cruzaba,
Y su ceño frunciendo
El rey gigante suspiró diciendo:
«Ardides necesito
Si ha de ceñir mis sienes la victoria!
¡Oh! ¡cuán temible en militar campaña
Será la garra del leon de España!»
Y el que á sus plantas destrozó pendones
Brillantes con los rayos de la gloria,
Y el que el relincho oyó de sus trotones
Resonar majestuoso
En las viejas pirámides vencidas,
Y el que al brillo espantoso
De su invencible acero las naciones
Llena de pasmo y de terrores llena,
Vil astuto, acaricia
Del leon generoso la melena;
Queda en sus brazos el leon dormido
Y con siniestra risa el fementido
A su pesado trono lo encadena.
«¿Y sufrireis, valientes españoles,
El yugo ignominioso?
¿Por qué no dais el grito de venganza,
Grito que aterre al déspota ambicioso?
Ved á Pelayo de la tumba alzarse,
Vedlo salir con la pesada lanza,
Que pechos mil de la morisca gente

Atravesó: «Luchemos, es su grito;
En polvo confundamos la corona,
Corona vil del opresor maldito!»
El leon, que aun dormia,
A las robustas voces de Pelayo
Despierta; alza sublime
Su majestuosa frente
Y el hierro mira que su cuerpo oprime.
Rápido, como el rayo,
Como la ruda tempestad, violento,
Sacúdese una vez, una vez sola,
Y hechas pedazos por el libre viento
Van las cadenas, y en rendidos sólios,
Y en el sólio triunfante
Dan golpe furibundo,
¡Para vergüenza del traidor gigante!
¡Para vergüenza del esclavo mundo!
El caudillo coloso
Que con su planta sonriendo oprime
De la Europa el cuello vigoroso,
Vé, ¡cuál se arrojan á su hueste invicta
Los fieros españoles! ¡cuál perecen,
Venganza á sus hermanos implorando!
Y rayos de sus ojos,
Rayos horribles de furor lanzando,
Cual toro herido, con estruendo brama,
Y más y más el cuello sujetando,
El triste cuello de la Europa, exclama:
«¡No sin verdad creia
Que de la noble Iberia
Fuerte en las luchas el leon seria!
Hombres, mujeres, todos acometen,

Y si á los golpes caen de mis armas,
¡Mi brava hueste destrozando, caen!
Veo acercarse el dia
En que la España á mi furor sucumba;
Pero, monarca sin mi brava hueste,
¡Ah! reinaré ¡sobre callada tumba!
¡Reinar!... ¡reinar!... ¡el ardoroso fuego
De tu ambicion te engaña!
Para romper tu trono aun tiene brazos,
Brazos y aceros que esgrimir, España!
Y si aceros faltasen,
De sus muertos los huesos sacaria,
Que con furor blandiendo,
Estrago horrible en tu falange haria!
¡Ved al rugido del leon tremendo,
Los valientes hispanos
En nueva llama de entusiasmo ardiendo!
¡Vedlos de sangre y carne magullada
Cubiertos todos! ¡Vedlos cuál destrozan!
¡Cuál llenan de terror, ya victoriosos,
A esos fuertes ejércitos, que fueran
A las naciones fuertes, espantosos!
Vedlos de las naciones,
Que avergonzadas de su negra mancha,
Tremolan sus pendones,
Marchar al frente, y el gigante trono,
Del cimiento profundo,
Que sus triunfos abriéronle, arrancando,
Lanzar con él al opresor del mundo.

GOBIERNO DE LAS FLORES.

—

Esparce fresca mañana
Su rocío en el vergel;
Viste su manto de grana
Y alza la frente tirana
Sobre su reino, el clavel.
Lujosamente adornados
Los cortesanos están;
Ante su rey prosternados,
Así juzgándose honrados,
Suaves inciensos le dan.
En tanto la triste grey
Del pueblo, al déspota rey
Estas palabras dirige:
«Nos lleva á la hambre la ley
Que sobre tributos rige.»
«La pompa que corresponde
Al que mis reinos abarca,
¿De dónde saldrá, de dónde
Si no del pueblo?» responde
Con voz altiva el monarca.
Su frente los cortesanos
Inclínanle envilecida,
Y luego la alzan ufanos,
Cual execrables tiranos,
Sobre la grey oprimida.
Sigue el monarca estrayendo

Los tributos con rigor;
Las pobres flores gimiendo,
Van sus tesoros perdiendo
De hojas, frescura y olor.
Por fin las flores concita
El nardo osado que grita:
«¿Quereis que esa flor cruel
Con esa córte maldita
Oprima al triste vergel?
Al punto la destronemos
Y en venturosa quietud
Y abundancia viviremos.»
Responde el pueblo: «Quebremos
Los hierros de esclavitud.»
Suena guerrero clamor,
El pueblo al fin vencedor,
Lanzando rayos de encono,
Al soberano opresor
Derriba de su alto trono.
Para gobierno, otras flores,
Entre entusiastas clamores,
Escoge la libre grey;
Conviértense en opresores
Tan crueles como el rey.
Ese proceder malvado
Furor en la plebe escita,
Y entre la plebe mezclado,
Contra los déspotas grita
El monarca destronado.
Arrójanlos del poder
Las flores en cruda guerra;
Cansadas de padecer,

Determinan no tener
Gobierno alguno en su tierra.
Sin gobierno, que daria
Al ladron su justo fin,
Róbanse con tal porfia
Que siente vergüenza el dia
De iluminar el jardin.
«Nuestras cuitas terminadas
Hora es de que el mundo vea;»
Con voces acongojadas
Claman todas congregadas
En general Asamblea.
Al público presentando
Cada una su opinion,
Sin fruto están trabajando,
Gobierno alguno no hallando
Que haga feliz la nacion.
Con músicas recogidas
En las hojas de un laurel,
Por leve soplo mecidas,
Suaves brisas condolidas
Dicen al triste vergel:
«Tus cuitas no han de acabar,
Tus cuitas se han de aumentar
Si en tí subsiste el odioso
Deseo de gobernar
Por ser rico y poderoso.»
Resuenan fuertes clamores
De entusiasmo; ellas murmuran
Y con soplos bienhechores
De todas manchas depuran
Los cálices de las flores.

Desde entonces no ha buscado
Gobierno alguno el pensil,
Y en paz y amor acendrado
Las flores han disfrutado
Hermosos soles de Abril.

EL AMOR.

—

Estoy confuso murmullo
De inmenso rio escuchando;
Va por sus aguas remando
En su barca un pescador.
Ese rio, ese barquero,
Mi alma contempla embebida,
Que es ese rio la vida
Y ese barquero el amor.

Arco en su mano, en su espalda
Aljaba lleva el barquero;
Flechas y flechas certero
Va tirando por do quier.
Es dulce cuando nos hiere,
Es dulce cuando domina;
Mision escelsa, divina,
Al mundo vino á ejercer.

No escoje clases ni sexos
Para rendir á sus leyes;
Sus vasallos fuertes reyes
Y hambrientos mendigos son.
Tierna el águila orgullosa
De amor en fuego se inflama;
Tierno á la leona llama
En el desierto el leon.

Y las nubes y los vientos
Y las aguas y las flores,
Amores, dulces amores
Acaso sintiendo estén.
No nieguen altivos hombres
Con dogmática entereza,
Pues guarda naturaleza
Secretos mil que no ven.
Si al brillo del oro infame
La castidad rie y cede,
No amor verdadero puede
Él oro infame comprar.
Oid al amor que grita
Sobre el oro alzando palma:
«Si es libre en mancharse el alma,
No el alma es libre en amar.»
El oro á quien tanto incienso
Queman los mortales, gime
Teniendo al amor sublime
Que doblar vencida sien.
Gima avergonzado y nunca
Declare al amor la guerra;
El oro nació en la tierra
Bajo el amor del eden.
Cuando amor en pechos vierte
Sus ardorosos regueros,
Más artistas, más guerreros,
Guerreros y artistas son.
El amigo es más amigo,
El hermano es más hermano;
Tal sentimiento al humano
Engrandece el corazon.

Es el amor para el hombre
Consuelo, dulce consuelo,
Cuando hácia el hombre su vuelo
Dirige la adversidad;
Es el amor misteriosa
Voz del eden desprendida,
Que nos habla de otra vida
Con otra felicidad.

¿Qué valen esos pigmeos,
Esos duros corazones,
Que las santas impresiones
Jamás probaron de amor?
Gula, lujuria, avaricia,
Sólo adoran en el mundo;
Sobre ellos el lodo inmundo
Tiene infinito valor.

Pechos predican tenaces
Que no hay amor verdadero,
Predican..... porque el barquero
No fué donde ellos están;
Acaso mañana sean
Por ese rey visitados,
Entonces entusiasmados
Su elogio predicarán.

Hombres, mostrad al barquero
La adhesion de vuestras almas,
Rindiendo flores y palmas
Que en su amor la tierra os dá.
Si hay alguno á quien dirige
Mi pecho su acento en vano,
Es despreciable gusano
Que en cieno bullendo está.

MEDITACION.

El negro orgullo, ese gigante odioso,
Que sobre el orbe inmenso
Quisiera erguir su colosal cabeza
Humo gozando de servil incienso,
¡Cuántas veces, serpiente
De astucia vil, sus repugnantes formas,
Bajo el manto esplendente
De la sagrada caridad esconde!
¡Y henchida el alma de entusiasmo ardiente,
De respeto profundo,
A las horribles plantas de ese mónstruo
Rinde engañado su ovacion el mundo!
¡Bello es el hombre cuando al hombre alarga
Dulce limosna! ¡Bello cuando deja
Su dorada carroza,
Para estrechar la mano al habitante
De miserable choza!
¡Bello cuando se aleja
De sarao brillante
Para velar al hombre despreciado
Que gime agonizante
En su pagizo lecho abandonado!
¡Bello cuando rugiendo
Como borrasca ruge enfurecida,

Se arroja á los peligros
Para salvar al prójimo la vida!
¡Bello, grandioso! Mas si el bien derrama
Porque su frente el socorrido incline,
Porque las suaves brisas de la fama
Le aduerman con su arrullo,
La caridad al universo clama:
«¡Ese mortal es hijo del orgullo!»
No crea el opulento
Que la inmensa riqueza,
Que á su fortuna debe ó su talento,
Suya es y puede en desbordada orgía
Cien copas apurar, sordo al lamento
Que el moribundo de escasez envia;
Suya es y puede, si á infeliz humano
Que le pide sumiso
Rápido tiende generosa mano,
Elevarse arrogante
Por su virtud heróica pidiendo
Al universo aplauso resonante.
¿No veis un Dios eterno, soberano,
De la ancha tierra, el piélago profundo,
La plateada luna,
El sol luciente y el volcan horrendo?
Pues ese Dios á los mortales grita
Con acento sonoro
Que el hueco inmenso llena del vacío:
«A los hombres no dais vuestro tesoro,
Dais á los hombres el tesoro mio.»

EL TRABAJO.

—

Muere la noche enlutada
Y el sol despunta sublime;
Por el hombre devorada
En ribera despoblada,
Hermosa doncella gime.
Y camina presurosa
Y mira y mira afanosa
Arbol buscando frutal
Y ve la copa frondosa
De gigantesco nogal.
Mares de sudor vertiendo
Se acerca y fruto distingue,
Y ansiosa al árbol subiendo
Y ansiosa fruto cogiendo,
El hambre con fruto estingue.
Desciende y esclama «el dia
Al ócio consagraré;
Si bien trabajar podría,
Necio trabajo sería
Despues que el hambre agoté.»
Encuentra lecho mullido
De flores de suave olor;
Va á dormir cuando en su oido
Suena profundo gemido,
Gemido desgarrador.

Pregunta: «¿Quién se lamenta?
¿Quién lanza gemido tal?»
«¡Yo!» responde anciana hambrienta,
Que en vano subir intenta
A la copa del nogal.
Para cogerle sabroso
Fruto del árbol coloso,
La niña trepa veloz;
Mas siente azote horroroso
De torbellino feroz.
Sin fruto al suelo bajando
Do aguarda la hambrienta vá,
«¡No puedo, hermana! esclamando;
¡El huracán agitando
Las densas ramas está!»
«¡Oh cuán ciega el alma mia!
¡Oh cuán despreciable fué
Cuando tranquila decia:
—«Necio trabajo seria
Despues que el hambre agoté!» —
«No porque llegue á saciar
El hambre, debe entregar
Su cuerpo al ócio el humano;
Mientras pueda trabajar,
Trabaje para su hermano.»

MEDITACION.

—

Arrojen los mendigos sus harapos,
Lancen los ricos su brillante grana,
Desnuda ved la descend encia humana
Como salió del vientre maternal;
Todos nacen con carnes y con huesos,
Todos sensibles á los crudos males
Y al delicioso bien, todos iguales
Descenderán al lecho sepulcral.
Bendiga el opulento sus tesoros,
Bendiga el sábio su profunda ciencia,
El hermoso bendiga su presencia
Y bendiga el robusto su vigor;
Pero bendigan porque ofrenda tienen
Para los hombres, todos sus hermanos,
No porque pueden elevarse ufanos
Entre oloroso incienso adulador:
Es el orgullo nube que se alzara
En la region inmensa del vacío,
Nube que á los furores de bravio,
Ronco huracan, desvanecida fué;
La miserable habitacion del pobre
Desprecia el rey cual desechada broza,
Y acaso entre las pajas de una choza
Libre su pecho de asesino vé.

Jamás al pobre, al ignorante, al débil,
Jamás la tierra mire con desdenes,
Pobre, ignorante y débil, grandes bienes
Sobre la tierra pueden derramar;
Y si los mares de la vida cruzan
En sus barcas, inútiles humanos,
Trátenlos con respeto sus hermanos,
Que es la desgracia sacrosanto altar.

Al orgullo execrable, á ese gigante,
Idolo caro del mezquino mundo,
A ese gigante estrelle furibundo
Contra peñascos hórrido aquilon;
Oigo al Eterno que entre nubes clama
De azules tintas y de tintas rojas:
«Más grandes ó pequeñas, leves hojas
De un árbol mismo los mortales son.»

A LA FLOR DON DIEGO DE NOCHE.

—

Hermosos son tus colores,
Tus formas hermosas son,
Tu tallo envidiar no puede
Tallo gentil de otra flor.
La primavera al mirarte
Orgullosa sonrió;
Madre que contempla un hijo
Que presta á su madre honor.
¿Por qué tu caliz abierto
El dia nunca miró?
¿Te inspiran vergüenza acaso
Los resplandores del sol?
Cuando á los campos dirige
La tarde su triste adios,
Entre luz y entre tiniebla
Te abres misteriosa flor;
Cuando en las cumbres sonrie
Del dia el primer albor,
Tú de su brillo enemiga
El cáliz cierras veloz,
Guardando el fresco rocío
Que entre sus hojas cayó,
Y es para tí de la noche
Dulce recuerdo de amor.

¿Por qué la fúnebre luna
Prefieres al bello sol?
¿Por qué la calma nocturna
A la grata animacion
Que reina mientras el dia
Al campo dá su esplendor?
Misterio, como misterios
Sin fin que mi mente halló;
Misterio, como el sonido
Y la forma y el color;
Misterio como es misterio
La tierra, el cielo y mi yó.
Cuando de mis quince abriles
El céfiro halagador
Besos á imprimir apenas
En mi megilla empezó,
Melancólico, sentado
Cerca de tí, bella flor,
En el jardin que mi infancia
Deslizarse contempló,
Al murmullo de las brisas
Te dije con tierna voz:
«Si como sienten los hombres,
»Las flores sienten dolor,
»En tu cáliz desdichado
»Gota de dolor cayó.
»Abrete del claro dia
»Al mágico resplandor,
»Que en las sombras de la noche
»Más crudas las penas son;
»Abrete, cáliz doliente,
»Abrete, cáliz, que Dios

»Flores mil para inspirarte
»Dulce alegria crió.»
Tales palabras prestaba
A mi lábio el corazon
Y la flor dióme respuesta
Con su lenguaje de flor;
Es su lenguaje no abrirse
Y al oirme no se abrió
Como diciéndome: «Vate,
»La flor de la noche soy;
»Un símbolo es mi existencia
»Cual otro símbolo el sol;
»Tal vez el vate se cierre
»Como la flor se cerró.»
Pobre viajero azotado
Por el ábrego feroz,
Un triste valle cruzaba
Entre engaños y traicion,
Despues de soñar ansioso
Con la amistad y el amor,
Suspiros al cielo daba,
Suspiros ¡ay! de afliccion;
El triste valle era el mundo
Y el pobre viajero yo.
Torné al vergel que testigo
Fué de mi infantil candor,
Donde de padres amados
Mi frente el beso probó,
Y corrí á sentarme cerca
De mi simpática flor
Y como en pasados tiempos
A dirigirle mi voz:

«No te abras, le dije triste;
»No te abras al dia, no,
»Si acaso en el dia hallaste
»Engaño solo y traicion;
»Emblema es de la alegría
»Con sus encantos el sol;
»En tí contemplan mis ojos
»El emblema del dolor;
»Como tu cáliz, mi cáliz
»Para el dia se cerró:
»Como tú, flor adorada,
»La flor de la noche soy.»

MI DESEO COMBATIDO.

—

Córte engañosa, emporio de falsía,
Interminable mar de corrupcion,
Si piensa sobre tí la mente mia,
Pronto á mis ojos para llanto envía
Una gota de sangre el corazon.
Gota que siempre tu pupila viera,
Como si polvo despreciable fuera,
Por mis megillas pálidas caer,
Pero gota sublime que debiera
El aguijon de tu vergüenza ser.
Más que olas del Occéano mujeres,
Cual lodo vil, pisando sus deberes,
Dulces por calles y por templos van,
Dulces para vender negros placeres
De la lujuria al férvido volcan.
Para su amada esposa trabajando
Vierte el obrero rios de sudor,
Y por arma riqueza manejando
A esa paloma el prócer acechando,
Néctar consigue de perverso amor.
Do quier adulacion, hipocresía,
Do quier calumnia de calumnia en pos,
Escándalo do quier y alevosía,
Y escupiendo do quier la gente impía
Al rostro augusto del augusto Dios.

Yo, bella córte, en cántico ardoroso,
Yo tus palacios escuché elogiar:
«Fuerte es el antropófago y hermoso
Con carne humana que devora ansioso,»
No cesará mi voz de contestar.

Para que un solo alcázar se levante
Hay cien cuitadas chozas que oprimir;
Si hombre venera alcázar deslumbrante,
Yo en el alcázar veo repugnante
Belleza de antropófago lucir.

Alzate, córte, tu hermosura sea
Enaltecida en bárbaro laud;
Mi alma con ánsia sin igual desea
En la inocente, en la tranquila aldea,
El aura respirar de la virtud.

¡Virtud!... ¿y espero miserable vate
Sólo en aldea hallar esa deidad?
¿Dejo que el entusiasmo me arrebate,
Que el entusiasmo con su fuego mate
La inapreciable luz de la verdad?

No se oyen en aldea inmensos sones,
No bellos coches transitar se ven;
Pero en aldea laten corazones,
Do borrascosas moran las pasiones,
Do inícua mora la maldad tambien.

Tambien allí, como volcan se enciende,
Volcan inmenso el infernal rencor;
Allí sus alas el orgullo tiende,
Allí por oro la amistad se vende,
Allí por oro véndese el amor.

Poetas mil con mágicos colores
La vida pura trazan de pastores,

Su calma ansiando y sencillez quizá;
Nadie crea la voz de esos cantores
Que no en sus versos la verdad está.
Tambien el pecho del pastor se ensaña,
En vez de contestar con el perdon;
Tambien perverso á la amistad engaña,
Tambien abandonando la montaña
Baja al camino y tórnase en ladron.
En aldea y en córte populosa
La humanidad es siempre humanidad,
Campo de tierra fértil, misteriosa,
Campo de tierra fértil, do infructuosa
No cayera semilla de maldad.
Yo pequeñas aldeas he cruzado,
Grandes ciudades portentosas yo,
Y mi viaje de estudio me ha enseñado
Que es rudo en las aldeas el malvado,
Rudo el malvado en las ciudades no.
¿A dónde irá el poeta que no vea
La mil veces temida odiosa tea
De la odiosa maldad resplandecer?
Valle desierto mi morada sea,
Valle desierto sea mi placer.
Lejos allí del crímen y el orgullo,
Allí en brazos del ángel de mi amor,
Oiré de las brisas el arrullo,
De los arroyos oiré el murmullo,
Los trinos oiré del ruiseñor.
Y pasaré escuchando hora tras hora,
Y hora tras hora pasaré despues,
Que esa lengua de voz encantadora,
Esa lengua no lengua engañadora

Como la lengua de los hombres es.
Mas... ¡Qué pronuncio! ¿Al bárbaro egoismo
El alma entrego? ¿A ese gigante mismo
Que hombres impele y hombres al desliz?
Trague mi cuerpo aterrador abismo
Antes que doble al mónstruo mi cerviz.
Oí poetas elogiar ufanos
Al que saliendo del hervir mundano
Quiere en oculto valle descansar;
Ignoran esos míseros gusanos
Que hay un sublime campo que cruzar.
Campo sublime do naciendo vemos
Abnegacion de abnegacion en pos,
Donde por la virtud padeceremos,
Pues padeciendo y padeciendo habremos
De caminar á la mansion de Dios.
Quiero cruzar constante el torbellino
De la fiera borrasca mundanal;
El hombre al mundo para el hombre vino;
En la fiera borrasca el peregrino
Tal vez la vida salve de un mortal.

HISTORIA DE UN RUISEÑOR.

—

Vírgen hermosa de flexible talle,
Vírgen hermosa de brillantes ojos,
Vírgen hermosa de cabello rubio,
Vírgen que adoro;
Do quier que te halles tus placeres deja,
Oye mi lira á cuya voz sonora,
De valle en valle enternecido canto
Tétrica historia.
La primavera su esplendor lucia,
Bosques de flores sus aromas daban,
Iban rizando el murmurante arroyo
Plácidas auras.
Dulce cantaba un ruiseñor oculto
En la espesura de jazmin florido;
Tierno lenguaje de amorosa dicha
Era su trino.
Pasó la noche, el ruiseñor llamaba
Al caro objeto de su amor profundo;
¡En vano! el agua respondia solo
Con su murmullo.
¿Acaso hirió su corazon la bala?
¿Acaso de otro ruiseñor prendóse,
Y en nuevo valle pintoresco goza
Nuevos amores?

Busca en la selva el solitario amante,
Busca en la selva, pero busca en vano:
Vuelve al follage del jardin y entona
Lúgubre canto.
Vino otra noche de brillante luna,
No gorgear en el jazmin se oia;
El ruiseñor de la viudez amarga
Cayó sin vida.
Sílfide mia, la de blanca frente,
Si hay compasion en tus entrañas llora;
Tal vez la historia que cantó mi lira
Será mi historia.
Claros arroyos que prestais murmullos,
Céfiros puros que besais los valles,
¿Sabeis si acaso la mujer que adoro,
Dejó de amarme?
¡Entonces, ¡ay! al ruiseñor siguiendo,
Lúgubre canto entonará mi lira;
Entonces, ¡ay! entre la fresca yerba
Caeré sin vida!
Vendrán los génios de los claros rios,
Vendrán las ninfas de los densos bosques,
«¡Duerme, dirán; el infeliz poeta
De los amores!»

A MI MADRE.

—

Ses jours ètaient mes jours,
et son âme mon âme.
LAMARTINE.

¿Dónde está mi tierna madre?
¿Dónde mi madre adorada?
Duerme en la tumba callada
Para jamás despertar.
¡Rómpase mi tosca lira!
¡Corra mi copioso llanto!
¡Si hay quien sufra en mi quebranto,
Venga conmigo á llorar!
Ella en mi nativo valle,
Y yo de ese valle ausente,
Donde pasara inocente
Mi primera juventud;
Ni oir su postrer gemido
Pude, ni cerrar sus ojos,
Ni colocar sus despojos
En el fúnebre ataud.
Mas con el pecho oprimido
Corrí en la noche enlutada
Sobre su tumba sagrada
Una lágrima á verter;
Su voz oí que amorosa,
—Llorar sabes, me decia.

—Para llorar, madre mia,
No necesito aprender.
Oye el ángel de los justos
Mis humildes oraciones,
Y en santas inspiraciones
Alza mi mente al eden;
De Dios allá en alabanza
Mi madre cantos entona,
Allá mi madre corona
Ciñe á su angélica sien.
Este mundo en que vivimos
Ofrece selva de flores:
Entre su aroma y colores
La espina está del dolor.
¡Virtud! ¡dichoso mil veces
Quien en sus brazos sucumba!
Puerta le será la tumba
Para otro mundo mejor.
Tú, madre, por el sendero
De la virtud caminaste;
Tú, madre, al cielo volaste,
¡Yo en el mundo me quede!
Huérfano, triste, ceñida
La sien de amargo beleño,
Si brilla el mundo risueño,
Sus flores huella mi pié.
¿Serian, madre adorada,
Mis horas ménos crueles
De gloria con los laureles,
O con sonrisas de amor?
Gloria florece entre riscos,
Amor que pechos abrasa,

Cual nube ligera pasa,
Concluye cual tierna flor.
Sólo mi amargo tormento
En tus brazos huiria;
En tus brazos, madre mia,
Mi única dicha cifré.
Vírgen tal vez encontrara
De amor ardiente, profundo
Pero jamás en el mundo
Otra madre encontraré.
Goza el eden, madre mia,
Goza el eden merecido,
Mientras estoy sumergido
En el mar de la afliccion.
Quien la tumba silenciosa
Con sus gemidos inquieta,
No es el arpa del poeta;
Es del hijo el corazon.
Tornar quisiera á los tiempos
De mi ventura perdida...
Oh! ¡La barca de la vida
No boga nunca hácia atrás!
«¿Tu madre, dicen las tumbas,
Quieres que torne á tu lado?
Recuerda, mortal osado,
Que tú tambien morirás.»
Pero en tu triste sepulcro,
Hasta morir, madre mia,
Pondré una flor cada dia,
Y mi alma irá en esa flor,
Sacrosanta ceremonia,
De mi sentir fiel trasunto;

Así al amado difunto
El vivo expresa su amor.
Oigo sin temor en tanto
De muerte el lúgubre nombre;
Si muerte viene, soy hombre;
El fin del hombre tal es.
Tranquilo será mi sueño,
Si hay quien con mano piadosa
Ponga una flor en mi losa;
Cuelgue mi lira al ciprés.

AMOR DE UNA ROSA.

—

En mañana placentera
Brilla mágico arrebol;
Fresca, fragante, hechicera,
Rosa con afan espera
Que asome el rostro del sol.
Tiende el sol sus resplandores
Por el ameno vergel;
Atento mira á las flores
Y observa que siente amores
La tierna rosa por él.
«Contempla, dice, alma mia,
Que el sol á tus piés está;
Su pecho placer ansía;
Accede y el rey del dia
Reina del dia te hará.»
«¡Yo te adoro con ardor!»
De las flores más prudentes
Dice á la rosa una flor;
«Amame y deja el amor
De los señores potentes.
»Considera, considera,
Si quieres dichosa ser,
Que quien sale de su esfera
Es pobre barca extranjera
Que se espone á perecer.»

Oye la fragante rosa
Y repele desdeñosa
A la flor enamorada,
Y á la lumbrera colosa
Dirige tierna mirada.
Crece del astro gigante
El fuego y en breve instante
Un rayo lanza y consume
El delicado perfume,
Que es el honor de su amante.
¿Cuándo la rosa inocente
El premio recibirá?
A esconder su roja frente
En la region de occidente
El astro próximo está.
Élla de esposo la mano
Pide con fuerte clamor,
Pero él responde: «¡Villano
Fuera el astro soberano
En enlazarse á una flor.»
Escucha, tiembla y se agita
La flor desgraciada y grita:
«¡Detente, amante falaz!»
Menospreciando su cuita
El sol esconde la faz.
Ella de atroces dolores
Gime al dolor más atroz;
Acentos consoladores
Suplica y entre las flores
Oye esta tétrica voz:
«Considera, considera
Si quieres dichosa ser,

Que quien sale de su esfera
Es pobre barca extranjera
Que se espone á perecer.»
«¡Ese ingrato me ofreció,
Clama la infeliz, un trono;
Y mi perfume bebió,
Y tranquilo me dejó
En deplorable abandono!»
Estas frases escucharon
Las flores y se dolieron
Y esperiencia recogieron
Y á sus hijas enseñaron
Y sus hijas aprendieron.
Fué testigo el áura pura
De la copa de amargura
Que hubo la rosa bebido;
Desde entonces al oido
De las mujeres murmura:
«¡Considera, considera,
Si quieres dichosa ser,
Que quien sale de su esfera
Es pobre barca extranjera
Que se espone á perecer!»

IMPOTENCIA MIA.

—

Del mundo estenso en derredor bramando,
¡Cuál raudo gira desatado viento!
Mares y tierras, á sus pies dejando,
¡Cuál raudo sube al alto firmamento!
¡Asombroso volar! ¡Espera... espera...
Poeta soy que delirante ansía
Volar contigo en rápida carrera
Por la sublime inmensidad vacia!
Quien sin alas camina, átomo solo
Vé de la tierra y piélago profundo;
¡Yo quiero ver del uno al otro polo!
¡Yo quiero ver y dominar el mundo!
Dejaremos magníficas ciudades
A espalda nuestra y míseras cabañas;
Dejaremos horribles soledades,
Valles frondosos, ásperas montañas;
Piélagos dejaremos imponentes,
Volcanes dejaremos abrasados,
Islas robustas, grandes continentes,
Nuevos planetas del eden colgados.
¡Pequeño el mundo es para mí! ¡Se ahoga
En su horizonte el pensamiento mio!
¡Quiere campo mayor! ¡verás cuál boga
Por los grandiosos mares del vacío!

¡Quede en la tierra el execrable humano,
Que auras vecinas de ponzoña llena!
¡Quede, royendo fétido gusano,
De la virtud la cándida azucena!
Yo, tras espacio, espacio recorriendo,
Mundo hallaré que el vicio no envenene,
Mundo dó el trueno suene más horrendo,
Más dulce el canto de las aves suene.
Y de su arroyo el plácido murmullo,
Y de su bosque el pabellon sombrío,
Y de su brisa el soñoliento arrullo,
Fuego darán al entusiasmo mio.
Mas ¿qué pronuncian mis labios?
¡Ay! ¡habla mi fantasía!
Por ancho mar se desvia,
Juguete de la ambicion!
¡Si la encendió en viva llama
Irresistible centella,
Las chispas que broten de ella,
No cieguen, no, mi razon!
¡Alas no tengo, soñaba!
No esperen los aquilones;
No las divinas regiones
Mi ruda voz turbará;
No de este mundo volando,
Cuya pequeñez me oprime,
Inspiracion más sublime
Otro mundo me dará.
Seré trovador que agote
Mi corto númen cantando,
Cuanto existe y va pasando
En la tierra do nací;

Que agote en tan pobre mundo
La hiel de mi suerte cruda,
Esparciendo de la duda,
El agua que nace en mí.
¡Cantaré al astro radiante
Monarca augusto del dia,
¡Que alumbra tanta alegría!
¡Que alumbra tanta afliccion!
¡Que alumbra y dá sus calores
Al mundo, cuna grandiosa,
Al mundo, gigante fosa
De tanta generacion!
La ignorancia y cobardía
De las populares greyes
Y el orgullo de los reyes
Asunto me prestarán;
Y el rico que su abundancia
Con dulce lira celebra,
Y el pobre que, cual culebra,
Se arrastra en busca de pan.
Y la copa de placeres
Que bebe el alma dichosa
Que á la sombra deliciosa
Duerme del árbol de amor.
Copa que tras breve instante
En cruda espina tornada,
Le hace cruzar desvelada
El desierto del dolor.
¡Y héroe ensalzado en himnos
Por el salterio mundano,
Mientras hediondo gusano
Sus restos comiendo está!

¡Y muerte, tranquila selva
Donde por brisa espirante,
Arrullado el navegante,
Duerme y no despertará!
Esto cantaré en el mundo
Con acento congojoso,
Y alas no podré orgulloso
Por otros mundos tender;
Y acaso me oiga Espronceda
Desde la tumba y se irrite,
Y «¡Arroja el arpa!» me grite,
«¡Que no lo sabes tañer!»

LA PRISION MERECIDA.

—

...non ignara mali miseris succurrere disco (1).

I.

—Tan alegre ningun dia
Te ví, mi Elisa adorada;
¿De qué nace esa alegria?
—De que tengo, madre mia,
Una tórtola enjaulada.
—¿Y qué galan te la dió?
—El galan que la cazó,
Pero no arrulla, está triste.
—Niña, ¿por qué no le diste
La libertad que perdió?
—¿Por qué? porque es tan hermosa...
—Mas tenerla es crueldad
En su jaula dolorosa,
Y darle su libertad
Es una accion generosa.
—En mi jaula bien está.
—¿Padeciendo amargamente?
—¿Quién si padece sabrá?

---

(1) Aprendí en la desgracia
A socorrer al hombre desdichado.

—¡Quién sabe cuán impaciente
Su amado la aguardará!
—¡Qué grande locura fuera
Sufrir porque otro la espera!
—Ya probarás el dolor
Cuando te halles prisionera
En la jaula del amor.
—El amor es necedad.
—No conoces la verdad.
—Reiré de su porfía.
—Pero la risa, hija mia,
No te dará libertad.

II.

Niña Elisa que gustaba
De recreos infantiles,
Que en el amor no pensaba
Y ya en su rostro brillaba
El sol de los quince abriles;
Un dia se entristeció,
Y con afan suspiró,
Y eran suspiro y afan
Por el hermoso galan
Que el ave presa le dió.
Mas en vano deseaba
Que el amor naciese en él,
Y lágrimas derramaba;
Prisionera se juzgaba
En una jaula cruel.
Entre las gentes reia

Fingiendo tranquilidad,
Y estando sola decia:
«*Pero la risa, hija mia,*
No te dará libertad.»

III.

Es la tarde; brisa pura
Mueve el cáliz de la flor,
El arroyuelo murmura
Y suenan en la espesura
Los trinos del ruiseñor.
Doncella, que desgreñada
Y pálida y descarnada
En sus jardines suspira,
Padece más cuando mira
Una tórtola enjaulada.
Es la doncella que un dia
En el amor no creyó,
Que de sus armas reia,
Y sin saber que caia,
Entre sus redes cayó.
«La pasion en vano inflama
Mi pecho infeliz,» esclama
La doncella con dolor.
«¡Mil veces triste quien ama
Y no goza del amor!
¡Tórtola, yo te encerré,
Cuando en mis manos caiste!
¡Yo del campo te privé!
Mas yo tambien te daré

La libertad que perdiste!»
Esto Elisa pronunció,
Y con tierna despedida
A la tórtola soltó,
Pero ella siempre afligida
Entre prisiones quedó.
En amorosa ansiedad
Pasó su florida edad
Repitiendo noche y dia:
«*Pero la risa, hija mia,*
no te dará libertad.»

IV.

Cuando se vé afortunado
El hombre, es duro y altivo;
Mas cuando el tiempo ha pasado
Y se encuentra desgraciado,
Aprende á ser compasivo.

A LA TIERRA.

—

Parece que reposas en medio del vacío,
La ciencia nos revela que caminando vas;
Yo contemplar ¡oh globo! tu movimiento ansío;
Tu movimiento el hombre contemplará jamás.
Rodando años te vieron millares y millares,
Caer año ninguno á los abismos vió,
Ni piedra de los campos ni gota de los mares,
Ni ser de los que el hado para morir crió.
Si hay hombre que del globo salir vive pensando,
Arroje de su mente su pensamiento audaz;
Sin cárcel, sin cadenas, tu suelo atravesando,
Estamos prisioneros sobre tu augusta faz.
Si espíritu á despacho de la implacable muerte
Elévase á regiones que la razon no vé,
Al menos nuestro cuerpo que en polvo se convierte,
Polvo dará á tu globo do peregrino fué.
Gigante desmedido con aire te alimentas,
Sin alas, el vacío no cesas de cruzar,
Con roncas erupciones volcánicas alientas,
Sonries con las fuentes, rebramas con la mar.
En ege inmenso tienes un polo y otro polo
Y no hasta ahora sábio que diga conocí,
Si son horribles hielos sus habitantes solo

O hay hombres con virtudes y vicios, como aquí.
Sobre tu espalda selvas elévanse arrogantes,
Sobre tu espalda montes elévanse tambien;
Al pordiosero nunca rechazan humillantes,
Al rico nunca tuercen envilecida sien.
Entre costosa ropa de augustos soberanos,
Y harapos de mendigos no encuentras distincion;
A todos dulce ofrenda presentas con tus manos
Pues todos dulces hijos de tus entrañas son.
Y madre generosa de producir no cesas,
Y no todos comiendo con igualdad están,
Que ricas viandas se hallan de humanos en las mesas,
De humanos en las mesas se encuentra seco pan.
De plantas con un traje deslumbrador cubiertos
Tus hombros colosales mi vista contempló;
Tambien con las arenas de tétricos desiertos,
Mas nadie á los desiertos sublimidad negó.
Con terremoto espresas al mísero habitante
De tu anchurosa espalda, tu cólera quizá,
Porque aun tu hermoso traje, tu traje deslumbrante
Con mancha de tiranos ennegrecido está.
Al hombre el crudo tiempo, sin descansar pasando,
Blanquéale el cabello, deslústrale la tez,
¡Y tú con tantos siglos... y tú nunca mostrando
En tu semblante inmenso señales de vejez!
Al sér que nace y muere, del tiempo inexorable
Rigores van crueles envejeciendo más,
Y tú, que no envejeces ¡oh tierra venerable!
Ni tú naciste acaso ni acaso morirás.
En vano el viejo tiempo contra tu vida pasa,
Contra tu vida en vano se ensaña el aquilon,
Y en vano el rayo ardiente, que alcázares abrasa,

Atravesar intenta tu enorme corazon.
Cenizas de mortales encierras en tus senos;
Que esos mortales eran incultos aprendí;
Verás acaso un dia, verás de ciencia llenos,
Los hombres que aun incultos respiran sobre tí.
Escucha ¡oh tierra! el canto del entusiasta vate,
Que sabe tus augustas grandezas comprender;
Escucha sus sonidos hasta que Dios lo mate,
Para aumentar con polvo el polvo de tu ser.

RECUERDO DE LOS ULTRAJES.

—

En la frondosa ribera
De un rio murmurador,
Debajo de una mimbrera
Crece perfumada flor.
Nube de aroma exhalando
De escelente suavidad,
Dice á la mimbrera: «¿Cuándo
Tendré contigo amistad?»
«¡Quién creyera audacia tanta!»
Grita el arbusto feroz;
No mereces, débil planta,
Ni áun dirigirme la voz.
Tan alto arbusto nací,
Que orgullo soy de las vegas;
Y tú, debajo de mí,
Tan sólo á mi tronco llegas.»
No entre las flores se esconde
La flor con vergüenza, no:
«Un mismo campo, responde,
A todas el ser nos dió.»
Ya sonrie de otro dia
Alborada placentera,
Y, ostentando gallardía,
Dice á un ciprés la mimbrera:

«Entre los árboles eres
El primero en majestad:
Seré dichosa, si quieres
Tener conmigo amistad.»
Mira con vista arrogante
A la mimbrera el ciprés,
Cual orgulloso gigante
Mira un pigmeo á sus piés.
«¡Qué dices! exclama: fuera
Con mi majestad injusto,
Si por amigo tuviera
Enano, mísero arbusto.»
Ella se siente agitada
Con ímpetu rencoroso,
Contemplándose ultrajada
Por un ciprés orgulloso.
«¿Eres, grita, más que yo
Porque tu talla te encumbra?
Un campo á los dos crió;
Un sol á los dos alumbra;
Sobre mí tu altura brilla;
Mas de tu orgullo á despecho,
Sabe que á mis piés te humilla
El ultraje que me has hecho.»
El rio aplaude y el viento,
De la mimbrera el clamor,
Hasta que oyen el acento
Que le dirige la flor.
«Indígnate la osadía
Con que ese nécio te ultraja,
Conducta juzgando impía
Que hasta tus piés lo rebaja.

¿Por qué de negros deslices
El gusano roedor
No sientes, lloras y dices:
¡Lo mismo traté á la flor?»
Remordida la mimbrera
Por su arrogancia maldita,
Gime con voz lastimera
Y luego á los campos grita:
«Sepan todos que cualquier
Ultraje que recibimos,
El recuerdo debe ser
De los ultrajes que hicimos.
No al fiero encono dejemos
En nuestro pecho brotar;
Con la vergüenza debemos
De negro crímen llorar.»
Cuanto aquella flor decía
Un pájaro pudo oir
Y con dulce melodia
Lo comenzó á repetir.
Vuela, y con cariño igual,
La máxima sacrosanta,
A grande alcázar real
Que á choza mísera canta.
Mas vanos ¡ay! vanos fueron
Los cantares que entonó:
Los hombres todos oyeron;
Hombre ninguno aprendió.

CEGUEDAD DE UNA MUJER.

—

Suave brisa aduladora
Riza las aguas del mar;
Con espresion seductora
Orgullosa pecadora
Entona dulce cantar.
«Jóven soy y más fragante
Y más bella que la flor,
Soy el astro más brillante,
Soy el más rico diamante,
La diosa soy del amor.»
En el canto es tan divina,
Cual divina en la belleza;
Olvidando su fiereza
Parece que el mar le inclina
Su gigantesca cabeza.
Arrogantes pescadores
Rodéanla con sus barcas,
Suspirando sus amores
Más que el incienso, esplendores,
Y poder de los monarcas.

A nadie quiere aceptar
Y más y más se orgullece
Y manda al aura anunciar
Que una diosa resplandece
Sobre la espuma del mar.
Rápida el aura volando,
No hay pueblo donde no vaya
El mensaje pregonando,
Y luego vienen cruzando
Dos personajes la playa.
«Hermosa, dice el primero;
En gratos ensueños ví
Un ser que busco y venero:
Era de amor el lucero,
Lucero que encuentro en tí.
No mi edad aunque temprana
Hará de gracias alarde;
Dios de adorarlas te guarde,
Que nacen en la mañana
Para morir en la tarde.
No prometo á tus amores
Palacios deslumbradores,
Ni blando lecho opulento;
Por lecho tengo las flores,
Por bóveda el firmamento.
Si en mí ni ademan gracioso
Hallas ni rico esplendor,
En fidelidad reboso,
Que es el árbol más precioso
De la campiña de amor.»
La doncella palpitante
Tal vez con tierna inquietud,

«¿Quién eres?» dice al amante;
«Soy el mancebo constante,
Que el mundo nombra *virtud.*»
Por los ojos despidiendo
Llamas de amoroso afan,
Con esperanza riendo
Y altivo la frente irguiendo,
Pronuncia el otro galan:
«Todo el mundo se alboroza
A mi brillo encantador;
Del palacio y de la choza
Rápido sale el amor
Para uncirse á mi carroza.
Mi voz las sagradas leyes
Con solo un grito quebranta,
Que las populares greyes
Y los orgullosos reyes
Al polvo están de mi planta.
De la brisa á la armonía
Al bello sol de este dia,
Los brazos me tenderás,
Que siendo la hermosa mia
Reina del orbe serás.»
«Yo tan supremos placeres
La niña responde, adoro;
Mancebo, dime, ¿quién eres?»
Soy de los humanos séres,
El Dios á quien llaman *oro.*»
La vírgen pronto á la orilla
Aproxima la barquilla;
Recibe al alto señor,
Y el astro inmenso que brilla,

Alumbra escena de amor.
Tachando de envilecido
El pecho de la deidad,
Con espantoso rugido,
El piélago enfurecido
Retruena en la inmensidad.
La virtud que humilde llora
Su cuita, diciendo está:
«¡Pescadora! ¡Pescadora!
Tal vez la primera aurora
Tu abandono alumbrará.»
No del letargo despierta
La vírgen, no; goza y goza
Y olvida en tanto que abierta
El oro tiene la puerta
Del alcázar y la choza.
Alma y sentidos gozando
Durante la noche están;
Mas ya la aurora asomando,
La niña grita llorando:
¡Ay! me es infiel el galan!
Con tierna solicitud,
Sin intencion amorosa,
Doncel consuela á la hermosa,
Que el doncel es la virtud
Y es la virtud generosa.
«¡Merezco, dice gimiendo
La niña, la gran dureza
Que está mi pecho afligiendo,
Pues necia, fuí prefiriendo
A la virtud la riqueza!»

A BABILONIA.

—

Copre i fásti e le pómpe arena ed erba. (1)
TASSO.

¿Eres tú la ciudad encantadora
De los pensiles? ¿La ciudad que un dia
De estensas tierras, ínclita señora,
Con su riqueza y esplendor lucía?
Siglos risueños sobre tí pasaron,
Siglos amargos sobre tí vinieron,
Tus murallas y alcázares brillaron,
Tus murallas y alcázares cayeron.
Ya no se ven tus templos majestuosos,
Ya no se ven tus plácidos jardines,
Ya no se oyen tus gritos amorosos
En el ardor de báquicos festines.
El águila tal vez ciérnese ufana
Sobre el que fué tu rio delicioso,
Tal vez descansa humilde caravana
Sobre el sepulcro de adalid glorioso.
A tus campos desiertos, olvidados,
Llevan pastores árabes sus greyes,

(1) Yerba y arena las grandezas cubren.

Tal vez donde se alzaban elevados,
Ricos palacios de potentes reyes.
Deslízase el Eufrates (1) caudaloso
con imponente majestad sombría,
Pareciendo que esclama doloroso:
«¡Ay Babilonia, Babilonia mia!»
Y que el murmullo tétrico escuchando,
Despide melancólico suspiro
Por la llanura solitaria errando,
La triste sombra del valiente Ciro.
¡Cuántos ricos y pobres alentaron
Entre tus muros y al sepulcro fueron!
Sabe el mundo que rápidos marcharon,
Mas no el destino sabe que tuvieron.
Torna mirada lánguida, sombría,
Torna mirada al tiempo en que brillaste;
Babel, ¿te acuerdas del glorioso dia
En que á Sion la fuerte desolaste?
Penas sus hijos en Babel sufrieron,
Mas á las ruinas de Sion tornaron,
Y alcázares, murallas erigieron,
Y arpas, salterios á su Dios pulsaron.
De su patria esta raza siempre amante
Grandes por ella consiguió victorias,
Y aunque dispersa y de Sion distante,
Existe aun para cantar sus glorias.
Y á tí, la de las cúpulas doradas,
Y á tí, la de los pórticos suntuosos,
Y á tí, la de las torres elevadas,
Ni aun escombros te quedan silenciosos.

---

(1) Rio de Babilonia.

Ya que de tus grandezas esplendentes
Ni vestigio quedó, ¿por qué no existe
Un hijo que te encomie entre las gentes?
¡Ay, Babilonia, Babilonia triste!
Mientras cubre tus campos y la orilla
De tu Eufrates manto de tristeza,
Callada soledad, en suelo brilla
De otra region tu espléndida grandeza.
Este es el hado, el hado incomprensible;
Caen imperios para alzarse imperios;
Tal vez un dia con fragor horrible
Caigan en ruinas ambos hemisferios.
Del hombre en tanto la ilustrada mente
Que hasta el eden alzóse orgullecida,
O no penetra la verdad patente,
O entre la espuma del licor la olvida.
Tal vez, tal vez cubierto de amargura
Como yo meditando, suspirara
Viajero pensador en la llanura
Do el alto muro de Babel se alzara.
Y entre la verde yerba humilde viola,
Triste mirando y remirando triste;
«¡Esta flor, esclamó, silvestre, sola,
De los pensiles de Babel existe!»
No quiera Dios que de la pátria mia,
Ya que entre manos débiles no crece,
Puedan viajeros esclamar un dia:
«¡Sólo una flor cual Babilonia ofrece!»

DESEO.

—

Domus, et divitiæ dantur á parentibus: á Domino autem proprie uxor prudens.

Casas y riquezas son dadas por los padres; pero una esposa prudente se recibe tan sólo del Señor.

PROVERBIOS, 19-15.

Aunque valles encuentre cubiertos
Con sus mantos de grato verdor,
Arenosos, horribles desiertos
Me parecen sin goces de amor.
Hombres hay que más dulces placeres
En el mundo no pueden hallar,
Que atraer inocentes mujeres
Y su flor más preciosa rasgar.
No ese golfo de hedionda impureza
En mi pobre barquilla crucé;
«Busca, busca,» me dije, belleza,
Y belleza del alma busqué.
¡Oh, cuán dulce la nieve en la frente!
¡Oh, cuán dulce en el lábio el carmin!
¡Oh, cuán dulce mujer que presente
Exterior de ideal serafin!

Pero vírgen hermosa sin alma,
De la vida en el viaje será,
Como rota en desierto la palma
Que ni fruto ni sombra nos da.

Por el mundo, infeliz peregrino,
Palma entera buscando viajé;
Rotas siempre en mi triste camino,
Rotas siempre las palmas hallé.

No mis lábios «Mujeres amantes
Con virtudes no existen» dirán;
Pero sí que los ricos diamantes
No, cual flores, hallarse podrán.

Mientras búscase alcázar suntuoso,
Mientras búscase altivo poder,
Busco yo por la tierra afanoso
Vírgen bella que sepa querer.

A su lado la mísera choza
Es palacio de inmenso valor;
Con amor más en ella se goza
Que en alcázar de rey sin amor.

Los placeres sensuales declinan
Cuando asoma rugosa vejez;
Los placeres del alma caminan
Más allá de la tumba tal vez.

Si te hallara por fin, vírgen mia,
El poeta que hallarte soñó,
La tristeza cruel moriría
Que este mundo egoista le dió.

Quiero junto á la clara corriente
Del arroyo contigo cantar;
Quiero al son de la brisa tu frente
En la noche callada besar.

Quiero bella corona, no de oro,
Sí de flores, ceñir á tu sien;
Quiero oyendo á tus lábios «Te adoro»
Las delicias gozar de un Eden.

Para tí, caro amor, trabajando
En el mundo al poeta verán;
Si se gana sudando y sudando
¡Es tan dulce el pedazo de pan!

De floridas campiñas al viento
Fijaremos humilde mansion;
De ciudad y de aldea el aliento,
Aliento es de infernal corrupcion.

Los arroyos, los bosques, la esencia
De la flor compañeros serán;
Si no gruesos raudales de ciencia,
Desengaños tampoco darán.

Tal vez prócer se acerque y pretenda
De tu mágico aroma beber;
No tu honor el poeta defienda,
Que tú debes tu honor defender.

Si en mis brazos tan sólo confia
Ese pecho que fuerte creí,
Cuando llegue de ausencias el dia,
¿Qué será, débil alma, de tí?

¡Ah, no dudo, bien mio, no dudo!
La mujer, si es profundo su amor,
Invencible maneja un escudo
Contra el arma de vil seductor.

¡Qué placer mis suspiros recojas!
¡Qué placer sonriéndome estés!
¡Pero más, si me encuentro en congojas,
Que una lágrima tierna me des!

Esto siempre al rumor de las brisas
Repetir á mi lábio oirás,
Mucho expresan las dulces sonrisas,
Pero expresan las lágrimas más.

Los placeres de amor disfrutando
Pasará la feliz juventud,
¡Y cuán grato que siempre adorando
Descendamos al negro ataud!

Tal mujer ardoroso deseo,
Y crueles dolores me dá,
Que en ensueños de dicha la veo,
Y despierto y la busco y no está.

A CERVANTES.

—

Bardos, coged vuestras gloriosas liras,
Templad las cuerdas y resuene el himno
Ensalzador del génio; ¿Por qué mudos
Permaneceis? ¿El entusiasmo mio
No enciende vuestras almas? ¡Ah! conozco
Vuestro inmenso temor y lo bendigo;
Sólo el acento de David podria
Cantar al hombre que admiró á los siglos.
¿Fuiste, Cervantes, trovador de alcurnias,
De fastuosos palacios y castillos
De terrible poder? ¿Fuiste maestro
Que enseña al mundo lo que el mundo mismo
Impregnado en antiguas tradiciones,
Saber pretende? No; tu nombre, inscrito,
En el mármol tan sólo quedaria
Del sábio de una época; el destino
Del universo, un hombre reclamaba,
Para cumplirse, un hombre, cuyo invicto
Empuje intelectual tornase en polvo
El fuerte alcázar del error, y dijo
El ser potente que los órbes guia:
«Cervantes, vé á la tierra, escribe un libro.»
La sociedad entonces con el ánsia

Que devora al sediento peregrino
Cuando se arrastra por la roca en busca
Del manantial, la historia de amorios
Encantados leia, de victorias
De un hombre sólo contra cien caudillos,
De caballeros que justicia llaman
Al triunfo en singulares desafíos,
Y de aventuras que á la mágia deben
Su esencia, forma y frívolo atractivo.
¡Páginas tristes! ¡Perniciosas letras
Que enseñaban al hombre á ser indigno
Habitante de un mundo de asombrosa
Grandiosidad, de un mundo á donde vino
Para buscar el bien! Amor, respeto,
Poder y gloria, todo para el brio
De un campeon forzudo se guardaba;
¡Era la fuerza el Dios de aquellos libros!
¡Huella profunda que dejó en el suelo
La muralla feudal! Génio escojido
Por el eterno, próvido Cervantes,
Salva á la humanidad de su estravío;
¿Dónde te encuentras, dónde? No te veo.
¿Dónde te encuentras, dónde? ¡Estás cautivo!
Léjos de España entre los negros muros
De una cárcel sonaba tu suspiro;
Era tu pan allá pan de amargura.
Era tu sueño allá, sueño intranquilo.
Pero ¿qué importa al génio que le falte
Su libertad y que lo opriman grillos?
¿Qué importa al génio que la sed lo acose
Y el hambre lo atormente? Él es divino
Y se alimenta en sí. Reconcentraste

Tu fuerza espiritual, copioso rio
De altas ideas inundó tu mente,
En frase noble, en términos castizos
Las perpetuaste; al suelo de tu amada
Patria volviste y graves y festivos
Pensamientos brotaron de tu génio;
Llegó el invierno de tu edad, sus frios
No el vigor de tu fuerza productora
Disminuyeron, y tu lábio dijo,
Al fin la pluma abandonando: «Cielo,
Me mandaste escribir, aquí está el libro.»
¿Tegió coronas de laurel el mundo
Para tus sienes? ¿Resonaron gritos
De aprobacion en alabanza tuya?
¿El fruto recogiste merecido
Por tu grandeza colosal? ¡Oh suerte!
¡Le reservabas hórridos martirios!
En tanto que otros génios recibian
Gratos aplausos y el favor del rico
Mágnate disfrutaban, solo, pobre,
En tu pequeño albergue un gran gemido
Dabas al mundo, acusacion sublime
De su injusticia; el fuerte torbellino
Que al hombre arrastra á la infamante esfera,
Donde por oro vil y vil prestigio
Se ensalza á injustos reyes y á guerreros
Sanguinarios y á príncipes inicuos,
Silbó potente y se estrelló en la roca
De tu grandioso corazon. Sumido
Por tu heroicidad en la miseria,
Abandonaste el mundo de los vivos;
Para tus huesos no labraron mármol;

Pero ¿qué vale el mármol, necio signo
Del mundanal orgullo? Es el más grande
De los mortales todos, el más digno
De que se quemen á su nombre inciensos,
De que á su nombre se repitan himnos,
El que al sepulcro lleva más virtudes,
El que más bienes á los hombres hizo.
Tú la sublime herencia nos legaste
De la verdad; el mundo arrepentido,
De los desprecios que lanzó á tu pluma,
Porque valiente combatia al siglo
Del viejo error, las páginas buscaba
Donde dejaste el pensamiento escrito.
Luces y nuevas luces recogia
Y al fin gritó: «Perezca el edificio
De la nociva tradicion, perezca;
Quiero ser grande; seguiré el camino
Que me designa el génio.» Desde entonces
El nombre tuyo que en injusto olvido
Yacia, se enaltece; cantos suenan
En tu loor, las mentes de eruditos
Historiadores buscan en tus frases
Nuevos secretos y las lee el niño,
Y las lee el adulto y la doncella
Y la matrona y el anciano, henchidos
De noble orgullo, porque cien naciones
Que eclipsaron al orbe con su brillo,
Se descubren, te admiran y pronuncian:
«¡Feliz la España que engendró tal hijo!»

LA VERDAD EN SU TRONO.

—

Ya mi lira he descolgado
Y ya sus cuerdas templado;
Venga el que quiera escuchar,
Pues va el poeta á cantar
La historia de un potentado.
Entre riquezas creció;
Honra deseando ansioso,
No la virtud ultrajó;
Tampoco honrarse creyó
Con la amistad del virtuoso.
Él de mendigos huia,
Artesanos, labradores;
Él honrado se creia
Con la escelsa compañia
De escelsos emperadores.
¿Quién le dijo que era honrado
Con la amistad del poder?
Su corazon educado
En ese libro manchado
Que nos dá el mundo á leer.

Un dia en su barca yendo,
Oyó en un bosque una voz
Cantando y mil respondiendo,
Y de su barca saliendo
Al bosque marchó veloz.
Luego cien voces y cien
Percibió que le decian:
«Hermano, á este mundo ven;»
Y las voces parecian
Dulces voces del eden.
A la florida morada
De las canciones llegó;
De gente y gente cercada,
En régio trono sentada,
Hermosa vírgen halló.
«Soy la reina de estas gentes;
La hermosa vírgen le dijo;
No el poder buscan ardientes,
Porque no séres potentes
Para que me honren elijo.
Aquí do no existe dolo,
Do no existe ceguedad,
Aprende y de uno á otro polo
Ve á decir que es justo solo
El poder de la verdad.
¿Quién de las humanas greyes
Sinó el virtuoso á las leyes
De la verdad rinde amor?
Pues él es y no los reyes,
Quien debe prestar honor.
Maldad, aunque poderosa
Ostente corona, lleva

En su rostro mancha odiosa,
Y virtud, aunque andrajosa,
El alma al empíreo eleva.
Ese placer, vil placer,
Como los mares profundo,
De lucir junto al poder,
Será porque debe ser
Vergüenza eterna del mundo.
La hermosa virgen calló;
«¿Quien eres?» con ansiedad
El potentado gritó;
Y severa contestó
La vírgen: «Soy la verdad.»
Contempla en persona mia,
Ministro del Dios que guia
La gran máquina del orbe;
Del Dios que todo lo cria,
Del Dios que todo lo absorbe.
Mi acento divino en tí
No acento sea infructuoso;
Al mundo enseña afanoso,
Al mundo que se honre dí
Con la amistad del virtuoso.
Salmo á la verdad cantando,
El potentado marchó;
Tierras y tierras cruzando,
A los hombres predicando,
Su larga edad consumió.
Los hombres todos oyeron;
Santas las palabras ser
Los hombres todos creyeron;
Mas: «Honrémonos, dijeron,

Con la amistad del poder.»
Hoy torrentes y torrentes
La verdad lanza de ira,
Porque sabiendo las gentes
Inclinan viles sus frentes
Al altar de la mentira.

OFRENDA.

—

A un génio que murió á los quince años de edad.

Soy pobre, no tengo lira
Para dedicarte un canto;
Pero hay en mis ojos llanto,
Lenguaje que espresa más.
¡Te perdimos! De este mundo,
Vil para tu génio, huiste,
Y en el viaje que emprendiste
No se camina hácia atrás.
Pocos con inmenso estudio,
Cantan y obtienen corona;
Nadie melodia entona
Como tú sin aprender.
Aquellos vates cantando,
Se levantan sobre el suelo;
Tú descendiste del cielo
Para asombro de su ser.
Ellos nombre y oro buscan,
Tú despreciaste oro y nombre;
Son los poetas del hombre,
Fuiste el ángel del cantar;
Y el hombre canta á la tierra,

Porque de la tierra viene,
Y el ángel, sólo al que tiene
La creacion por altar.
¿Por qué profundas ideas
Diste en la infancia ignorante?
Porque eres libro gigante
Donde estas frases leí:
«Mundo sin término existe,
Patria do no hay desengaños,
Do no hay esperiencia ni años
Y se sabe más que aquí.»
Tu arpa en tu losa contemplo,
Viene el mundo y la respeta;
No ignora el hombre poeta
Que no la puede pulsar.
Siempre muda en el santuario
Misterioso de la muerte,
Creo que suena más fuerte
Que los bramidos del mar.
—Poeta, ¿por qué no vives
Palma adquiriendo tras palma?
—Para sujetar mi alma
El cuerpo pequeño fué.
—¡Es verdad, quiere el destino
Que pronto el génio sucumba!
—Por las puertas de la tumba
Espacio más grande hallé.
¡Ah! no te dieron los bosques
De este mundo digna sombra!
¡La pradera, digna alfombra!
¡Digno canto el ruiseñor!
Justicia, que el alma tuya

Por otras regiones ande;
Si la tierra es tierra grande,
Poeta, tú eres mayor.
Recen por tí los piadosos,
Recen sin cesar; en tanto
Canten los vates, su canto
Tiene la oracion tambien;
Mas no oraciones, sonrisas;
Tus abriles quince fueron,
Tus puras flores subieron
Sin marchitarse al Eden.
Quisiera verte, poeta,
Yo arbusto pequeño y lácio;
Pero es inmenso el espacio
Que nos separa á los dos.
Religiosas impresiones,
Pesando en tí, esperimento;
Si amo al hombre en el talento,
Adoro en el génio á Dios.

LA LEÑA HOSPITALARIA.

—

Iba recogiendo leña
Para invierno una aldeana,
Y un ocioso campesino
Su aplicacion criticaba.
Al fin los hielos llegaron
Y el campesino en su casa
Para calentar su cuerpo
Ni secas hojas hallaba.
Sentábase en los hogares
De gentes hospitalarias,
Pero volvia á su albergue
Y sin lumbre lo encontraba,
Y decia arrepentido
De su ociosidad pasada:
«No se satisface el hombre
Con la leña hospitalaria.»
Quien no aprovecha los dias
De la juventud lozana
Para la vejez buscando
La compañera del alma,
Disfrutará del cariño
Benéfico en otras casas;

Pero volviendo á la suya
Y hallándola solitaria,
Dirá para reprenderse
Y dar al mundo enseñanza:
«No se satisface el hombre
Con la leña hospitalaria.»

SION DE LA VIRTUD.

—

Con vergüenza y dolor en las orillas
Del rio de Babel,
Colgó del sáuce sus queridas arpas
El cautivo Israel.
Mas volviendo al hogar de sus mayores,
A la bella Sion,
Fué entre sus olivares y palmeras
Feliz su corazon.
Tambien el alma aunque en la tierra dulce
De su Dios y su fé,
Tambien el alma sin salir del cuerpo
Desterrada se vé.
¡Qué triste está cuando de vicio sufre
La negra esclavitud!
¡Qué alegre cuando torna á la preciosa
Sion de la virtud!

LA PLUMA Y EL ROBLE.

—

La leve pluma, que en el campo se halla
No opone fuerza al furibundo embate
Del huracan y en denso remolino
De polvo gira y mírase sin daño
Cuando la calma torna.
El duro roble
A los furiosos ábregos resiste,
Y cuando vuelve la quietud al campo,
El destrozo contempla de sus ramas,
Fruto cruel pero glorioso fruto
Del terrible combate.
¿Qué viajero
Busca la pluma aunque la vea intacta
Sobre el polvo lucir? Todos la pisan
Y al roble acuden cuando sopla el viento,
Y detrás de su tronco poderoso
Hallan abrigo.
No como la pluma,
Sí como el roble, nuestros pechos sean;
Como el roble resistan el empuje
Del huracan feroz de las pasiones,
Que aunque se vea en nuestro cuerpo el daño
De las horrendas luchas, á nosotros
Vendrá el mortal que defenderse quiera
Con el bendito escudo del ejemplo.

EL NIÑO Y EL ANCIANO.

—

Un niño y un anciano,
Apenas andar pueden,
Sonrien embebidos
En juegos inocentes;
Se buscan y se llaman
Se miran y se quieren;
Los dos ¡raro misterio!
Los dos, niños parecen.
Tal vez si el niño es niño
de la vida presente,
sea niño el anciano
de otra vida que viene.

PENSEMOS.

—

«Así es Dios,» nuestros padres nos dijeron
Y á concebirle así nos obligaron;
Los hombres á la ciencia,
Nuevo concepto sobre Dios prestaron;
Otras generaciones que vinieron
Varias ideas sobre Dios lanzaron;
Pero en esa mental efervescencia
Todos, todos pensaron
Que hay una sola, eterna Providencia.
En la humana tendencia
A pensar sobre Dios, que algun viviente
Llama orgullo maldito,
Yo un sentimiento misterioso veo;
¡Tal vez ese deseo
Es el amor del hombre á lo infinito!

LO QUE ES AMOR.

—

Rubia mujer de celestial mirada,
No necesitas para hablarme voz,
Y me preguntas con tus bellos ojos
Lo que es amor.
¿Ves el afan de un arrogante jóven
Que en tí *belleza con virtud* halló,
Pero tan solo *la belleza* adora?
No es eso amor.
¿Ves el cariño sin igual de un hombre
A las *bondades* que en tu pecho vió,
Mientras *tu rostro sin afan* contempla?
No es eso amor.
¿Ves la impaciencia con que yo te busco?
¿Ves el incienso que te rindo yo,
De *tu hermosura y tu virtud* prendado?
Eso es amor.

PEQUEÑEZ DEL HOMBRE ANTE DIOS.

—

Un niño en edad muy niño
Y muy viejo en ambicion,
Para recojer estrellas
A una montaña subió.
Más altas le parecieron
Que desde el llano, y veloz
Y con impaciencia suma
Se encaramó en un peñol.
Más altas le parecieron
Que desde el monte, y gritó:
«¡Conforme subo, más lejos
Contemplo su resplandor!»
Cuando el hombre adquiere ciencia,
Vé con gran admiracion,
Que hay mucho más que saber
De lo que saber creyó;
Vé que hay insondable abismo
Para la humana razon,
Vé la pequeñez del hombre
Y la grandeza de Dios.

LAS DICHAS QUE PASARON.

¡Alegre es la mañana con los rayos
Que el bello sol le rinde;
Triste es la noche con el traje inmenso
De tinieblas que ciñe!
¡Las dichas que pasaron y no tornan
Son alegres y tristes;
Son tristes porque mueren, son alegres
Porque en el alma viven!

COMPARACION.

—

Cuánto el rio en su cauce,
cuánto murmura!
¡Cuánto el aura en el bosque,
cuánto susurra!
¡Cuánto la flor al viento,
cuánto perfuma!
¡Cuánto el astro grandioso,
cuánto relumbra!
¡Oh! mucho, mucho valen
las dotes suyas,
que á la naturaleza
dan hermosura;
Pero más vale el pensamiento humano
Que el esplendor de la verdad divulga,
Y á las naciones y á las tribus presta
paz y cultura.

LA VIAJERA INCANSABLE.

—

Por aldeas, por ciudades,
Por valles y por montañas,
Sin descansar un momento
Va caminando una anciana.
Visita la pobre choza,
Visita el soberbio alcázar,
Y en el hogar y en el templo,
Y en las calles y en las plazas
Y en los alegres festines
Y en las horribles batallas,
Lo mismo al jóven robusto
Que al viejo achacoso llama
Y les dice: «Ea, venid
Y bogareis en mi barca.»
Todos escuchan sumisos,
Todos la órden acatan,
Todos bogan, todos bogan
Porque es la muerte esa anciana.
¡Feliz mil veces el hombre
Que sin temores la aguarda;
Que deja contento el cuerpo
Y lleva risueña el alma!

CONSEJOS DE UN ROSAL.

—

Los encantos de un pensil
Ilumina placentera
Aurora del mes de Abril,
Sobre su tallo, altanera
Alzase rosa gentil.
Llega á su corola hermosa,
Que idólatra el viento mece,
Decadencia presurosa;
Pues luego, luego perece
La juventud de la rosa.
Otra más bella y lozana,
Otra que se eleva ufana
Aplausos mil recogiendo,
Rie con ultraje, viendo
El semblante de la anciana.
«¿Te burlas ¡ay! porque olores
No ostento ya, ni colores,
En vez de darme consuelo?
Tú no mereces el cielo
Si cielo tienen las flores.
Así prorrumpe llorando
La anciana, mientras soltando
Ultrajadora sonrisa,

Se alza la jóven gozando
Adoracion de la brisa.
Luego con triste gemido
Esta espresa sus congojas,
Pues vé su color perdido,
Su perfume fenecido,
Y secándose sus hojas.
Rosa jóven y brillante
Que oyera el gemido, mira
Al nuevo anciano semblante,
Y con desden humillante
Su hermoso cáliz retira.
Observa esta accion odiosa
La ultrajada, y con enojo
Dice á la jóven hermosa:
«Más que benéfica rosa,
Eres ofensivo abrojo.»
A su ancianidad llegando
La jóven, llora tambien;
Otra, gracias ostentando,
Se alza á la vieja mirando
Con repugnante desden.
Llega su vejez, y exhala
Cual todas tristes clamores;
Así vemos una escala
Que las ofensas iguala
En el mundo de las flores.
Pero ofensas existiendo,
Escala existe fatal;
La escala justa queriendo,
Irgue la frente, diciendo
A sus hijas el rosal:

«Con orgullo ultrajador,
Hijas mias descarriadas,
Causais cruel sinsabor,
Justificando el dolor
De ser despues ultrajadas.
Vuestras almas generosas,
Consuelo á las angustiosas
Quejas del anciano den,
Y las venideras rosas,
Os consolarán tambien.
Así las rosas, iguales
Serán por los dulces bienes,
No por los amargos males;
Así los bajos rosales,
Serán escelsos edenes.»
Las flores todas contestan:
«¡Verdad, oh padre, verdad!»
Y hoy su pasado detestan,
Y apasionadas se prestan
Consuelo en la ancianidad.
Si el género humano anhela
Esperiencia recoger,
Y por la esperiencia vela,
El rosal es una escuela
En donde puede aprender.

A MI PADRE.

—

¡Muere en mis ojos su mirar ardiente!
¡La mano tiembla! ¡El corazon suspira!
¡Ramo ciñendo de ciprés la frente,
Muevo las cuerdas de mi triste lira!
¡Y otra vez lloro y otra vez me agito!
¡No he de agitarme en mi dolor profundo!
¡Perdí un padre! ¡Sin él, jardin marchito,
Ruina desierta me parece el mundo!
Oir no pude el postrimer gemido
De un sér tan caro ni cerrar sus ojos;
Pero la tumba visité afligido
Donde tranquilos yacen sus despojos.
Sobre esa tumba respetable orando,
Inmóvil, descubierto y de rodillas,
Sentí mi triste corazon marchando
En lágrima glacial por mis mejillas.
A otro mundo más grande iba subiendo
De realidad, no de ilusion mentida,
Despojarse en el éstasis creyendo
De este momento que llamamos vida.
Ese callado lecho misterioso
Que el cuerpo inerte de mi padre encierra,

No cubre monumento esplendoroso,
Cubre no más apisonada tierra.
Pero ¿qué el mármol es? Adorno vano
Que no el cadáver no, sólo el viviente
Con ánsia busca en el hervor mundano
Do orgullo eleva su execrable frente.
Tumbas en primoroso monumento
Brillo ostentan de espléndida riqueza,
Tumbas, honor de noble nacimiento,
Tumbas, de augusto trono la grandeza.
Tumbas vénse tambien indiferentes
Para el que sueña en vanos esplendores,
Donde solo pusieron los parientes
Fresco manojo de silvestres flores.
Estas de aquellos son que pobres fueron,
Que del placer del mundo no gozaron,
Que en una choza mísera vivieron
Y esa tumba sin mármoles hallaron.
Pero el humilde, el sábio, el ignorante,
Pobres, ricos, vasallos, soberanos,
Todos mortales son, tras breve instante
Se tornarán en fétidos gusanos.
Para todos el agua es cristalina,
Para todos arrulla un mismo viento,
Un mismo sol á todos ilumina,
Un mismo Dios preside el firmamento.
Tambien el mármol es perecedero,
Vana memoria al universo ofrece;
Sólo hay un mármol puro, verdadero,
Sólo hay un mármol que jamás perece.
La virtud, rico don, perla preciada,
Rosa gentil, que si por mano impía

Vése en un mundo de dolor ajada,
Halla su premio en el Eden un dia.
Esta, padre, es la perla deliciosa
Que tu elocuente labio proclamaba;
Esta, padre, es la estrella luminosa
Que en tu sublime corazon brillaba.
Del cielo hallaste la morada abierta,
Pues para el alma generosa y pura
Es el sepulcro odioso, grata puerta
De esa morada eterna de ventura.
Sin goces, sin contento, sin amores,
En un mar sumergido de quebranto,
¿Qué seré yo sin tí? Vergel sin flores!
Entristecido ruiseñor sin canto!

AL VIENTO.

—

¡Broten ¡oh! broten de mi lira ardiente
Piélagos de armonía!
Broten lo mismo del risueño dia
Bajo el astro brillante,
Que bajo el velo de la noche umbria!
Mas no las cuerdas heriré sumiso
Para prestar arrullo
Al dulce sueño de feliz magnate;
No lanzaré, degenerado vate,
Por los espacios mi robusto canto
Enalteciendo á un rey, para que cubra
Mi desnudez bajo su rico manto.
Cual ruiseñor que al murmurar del rio,
Libre gorgea en la frondosa márgen,
A tí, grandioso viento,
Libre dirijo, libre el canto mio!
Sea mi acento cual tu fuerte acento,
El ancho hueco del espacio llene,
Y del alto, sublime firmamento,
En las inmensas bóvedas resuene.
Ya convertido en brisa placentera,
Cual delicada vírgen suspirando
Vagas por la ribera;
De la verde pradera
La verde yerba mueves,

Mueves del árbol las amenas hojas,
Y el cáliz de las flores inclinando
En leves ondas de arroyuelo mojas.
Ya convertido en huracan tremendo,
Voces horribles de furor lanzando,
Como rabioso mónstruo,
Las tiernas flores del pensil barriendo,
Las ramas de los bosques desgarrando,
De la escelsa montaña
Te precipitas al profundo valle,
Y del valle profundo
Al infinito occéano volando,
Lo agitas, lo revuelves,
Naos que fueran el terror del mundo
Impeles furibundo
Y en el abismo líquido sepultas;
Ya con tropel de espesos nubarrones
El astro inmenso de la luz ocultas,
O espesos nubarrones disipando,
Hasta el azul del firmamento subes
Con nueva voz rugiendo, nuevo encono,
Cual si tambien de Jehová quisieras
Arrebatar el invencible trono.
De los espacios rey, de la grandiosa
Obra de Dios, grandiosa maravilla,
¿Qué soberbio elemento
Con su potencia tu potencia humilla?
Nadie te humilla, nadie!
Ni te sepulta desgajado monte!
Ni te sumerge piélago profundo!
Ni vivo sol te enciende!
Ni fiero rayo aterrador te hiende!

Los espacios cruzando,
Triunfante siempre, siempre majestuoso
¡Cuántas naciones viste
Su cetro poderoso
Sobre naciones elevar un dia
Y otro dia ese cetro tan temido
Por otro cetro en polvo confundido!
¡Cuántos reyes atar al libre pueblo
De esclavitud con bárbara cadena
Y el libre pueblo con robustas manos
Romper esa cadena ignominiosa
Y al rostro vil lanzar de los tiranos!
¡Cuántas generaciones sucederse
Como las olas á las olas viste;
Como las olas á las olas cuántas
Verás aun verás, que presurosas
Del mar del viejo tiempo
Crucen por las llanuras espaciosas!
Los poderosos siglos
Que los fuertes alcázares destruyen,
¿Qué han sido sobre tí? ¡Pequeñas hojas
Del árbol desprendidas
Sobre robusto pedernal caidas!
¡Ellos ligeros huyen
Como la nube que impetuoso empujas,
Y siempre jóven tú, jóven ardiente
Por los espacios reinarás potente!
Cuando la fiera llama
De terribles volcanes
El Dios del mundo avive con tremendo
Soplo de tus tremendos huracanes,
Y ese mundo orgulloso

Para jamás de nuevo ser formado,
De su eje de diamante al seno caiga
Del insondable abismo,
Aunque sin naos que azotar, ni bosques,
¡Quizá!... ¡quizá subsistas
En aquilon horrendo,
Por la vacía inmensidad rugiendo!
¿Hay en los orbes rios ó montañas
que con tu azote aterrador no hieras?
¿Hay occéano helado
Que, como al hombre para en su camino,
Pare tambien tu vuelo arrebatado?
Nadie te para ¡oh viento!
Dejando atrás los conocidos mares,
Cruzas cual rey de tierra y firmamento
Las regiones polares;
De brisa con suspiros
Gratos, halagadores,
Allá tal vez arrulles ignorada
República feliz de hombres mejores.
Si esa region existe, á recorrerla
Llévame, viento, en tus potentes alas;
Mi ardiente fantasía
De ver arde en deseos
Esa tierra más pura que la mia.
¡Yo estudiaré afanoso sus costumbres,
Y con voz que robusta cual bramidos
De tus robustos huracanes sea,
Enseñaré desde el espacio al hombre,
Al hombre hermano cuanto en ella vea!

ESPERIENCIA DE UN ARROYO.

—

Huye la noche; de encanto
Un jardin la aurora llena;
Rien las flores y en tanto
Desventurada azucena
Derrama copioso llanto.
¿Porqué los crudos rigores
Sintiendo está del dolor?
Porque insufribles rumores
En la pátria de las flores
Circulan contra su honor.
«Yo su pecho enamoré,
Repite un lirio insolente;
Yo en mi seno la estreché,
Yo con la mancha empañé
De la deshonra su frente »
Ella articula por fin
Con más altivez que pena:
«Desoigan al lirio ruin,
Sepa el hermoso jardin
Que aun vírgen es la azucena. »
Y jura y siempre jurando,
Sus lábios no son creidos;
Sigue el vergel murmurando

Y la azucena exhalando
Entre su aroma gemidos.
Recoge en tanto una rosa
Suspiros de un tulipan,
Y se jacta de virtuosa
Porque con voz ardorosa
Así la llama el galan.
«Jóven, lozano y ardiente,
Dice el galan á las flores;
Por los goces impaciente
Busqué en el mundo una fuente,
Copiosa fuente de amores.
Mis ojos al fin la hallaron,
Mis sentidos se lanzaron
Tras el supremo placer,
Pero en balde; no lograron
De aquellas aguas beber.
Esa deslumbrante rosa
Era la fuente copiosa
A que mi lábio aspiró,
Pura fuente, que impetuosa
Mi pretension rechazó.
Desde entonces sin cesar
Su virtud de proclamar,
Feliz, cual en paraiso,
Feliz y casto y sumiso
Me postro al pie de su altar.
Cada flor grita ardorosa,
Despues que su acento suena
En su region olorosa:
«Demos aplauso á la rosa
Y desprecio á la azucena.»

Arroyuelo, que humedece
Las flores todas, anuncia
Que dar consejo apetece;
Oir el vergel ofrece
Y el arroyuelo pronuncia:
«Flores y flores y flores
Lucir aroma y colores
Y espirar marchitas ví;
Estudiando sus amores,
Su corazon comprendí.
Mis oidos escucharon
A flores que se llamaron
Seductoras de otra flor;
Calumniándola pensaron
Vengar desprecios de amor.
Y mis oidos oyeron
Para otra flor alabanza;
Así recompensa dieron
Flores que colmados vieron
De impuro goce esperanza.
Cuando en materias de amor.
Se vé un incierto celaje,
Para el buen conocedor,
Sospecha infunde mayor
El encomio que el ultraje.»
Al lábio anciano y discreto
Las flores con entusiasmo
Oyeron y con respeto
Y el venerable secreto
Llenó sus almas de pasmo.
Rie la azucena hermosa,
La flor llamada virtuosa

Muestra vergüenza en su frente;
¡Era culpable la rosa
Y la azucena inocente!
El que pretenda saber
Si hubo culpa en la mujer,
Recuerde que firme apoyo
Para juzgar puede ser
El lenguaje del arroyo.

TRISTEZA Y ALEGRIA.

—

SUEÑO POÉTICO.

¡En vano, en vano deseo
Que huya mi amargo dolor;
Ansioso miro y no veo
Al ídolo de mi amor!
Marcho á la orilla del rio
Gritando afanoso: ¿En dónde
Late tu pecho, ángel mio?
Y el ángel no me responde.
Oigo tan solo el rumor
De las ondas placenteras,
Y las letrillas de amor
Que cantan tiernas barqueras.
Dejo el rio y voy cruzando
Las faldas de las montañas,
Por mi amada preguntando
En las pajizas cabañas.
«No vimos esa mujer,
Me contestan los pastores;
No perturbes el placer
De nuestros dulces amores.»
Marcho y empiezo á cruzar
Valle hermoso, donde ufanas

Se adornan para danzar
Las jóvenes aldeanas.
«¿Vísteis, pregunto, ¡oh doncellas!
Pasar mi amor por aquí?»
«¿Cómo es, me preguntan ellas,
La diosa que reina en tí?»
«Cual oro son sus cabellos,
Cual puro mate su frente,
Sus ojos son ojos bellos,
Su mirar, mirar ardiente.»
«Su talle es flexible palma,
Es su pié pequeño pié,
En el sentir de su alma
Sentir de un ángel hallé.»
Las doncellas presurosas
Responden: «No vimos, no:
Nunca estas tierras frondosas
Mujer tan bella pisó.»
«Rápido marcha á buscarla,
Corre por cuestas y llanos,
Dejarán para robarla
Su alcázar los soberanos.»
Huyo con planta veloz
Piedad pidiendo á los cielos,
Pues me destroza feroz
La tempestad de los celos.
Exclamo: «¡Tal vez sonría
En brazos de quien la encumbra!
¡Tal vez el astro del dia,
Ruines traiciones alumbra!»
¡Voy tierras atras dejando,
Voy nuevas tierras corriendo,

Mar de sudor derramando,
Mar de lágrimas vertiendo!
Oigo el viento que murmura
En el cáliz de la flor,
Y grito: «¡Es ella que jura
En el altar de otro amor!»
Ya negra noche ha tendido
Denso manto misterioso,
El viento trae á mi oido
Un suspiro lastimoso.
Hácia miserable choza
Ráudo dirijo mi pié;
En seco monton de broza
Anciano enfermo se vé.
Hermosa mujer lo cuida
Y ánimo dá en su dolor;
Esa es la mujer perdida
Que busca ardiente mi amor.
«Perdona, me dice, ansiaba
Tornar veloz junto á tí,
Mas la virtud me gritaba:
—No partas, vírgen de aquí.—
Alegre estrecho su mano
Y lanzo un suspiro en pós;
«Eres cuidando al anciano
Legado hermoso de Dios.
Para tí mi pecho encierra
Santuario de amante anhelo;
Lo que era amor de la tierra
Trocóse en amor del cielo.
¡Llanto de mis ojos brota!
¡Llanto de inmenso gozar!

¡Soy ante tí leve gota
Ante las olas del mar!»
Mis lábios callan, ansío
Besar á la vírgen que amo,
Pero huyendo el sueño mio
Abro los ojos y exclamo:
«Aunque era ensueño engañoso
Cuanto pasó, cuanto ví,
¿Qué importa? ¡Mortal dichoso
Con esa mentira fuí!
Sílfide mía, beldad
Que del amor has nacido;
¿Serás en la realidad
Lo que en mis sueños has sido?
Desprecia el loco placer
Del alcázar soberano,
Marcha á la choza á tender
Al infortunio la mano.
En cielo y tierra loor
Te cantarán mil gargantas;
Eterno será el amor
Que el bardo juró á tus plantas.

AL TIEMPO.

—

Ya con voz dulce cual menudas olas
De placentero rio,
Ya con voz fuerte cual rugir sañoso
De piélago bravío,
En alabanza á tu poder grandioso,
Oh venerable tiempo,
Raudo prorrumpa el entusiasmo mio;
No le desdeñes si del arpa brotan
Cantos dignos de tí, y ¡ojalá anclaras
Tu incansable navío!
De mi existencia el aterido invierno
No entonces llegaría,
Que con sus hielos en mi pecho hirviente
El hirviente volcan apagaría;
Siempre jóven poeta
Bosques, jardines, rios cruzaria,
Tu colosal poder siempre admirando,
Siempre con fuego tu poder cantando.
¿Dónde está tu figura?
¿Dónde tu luz está? ¿Dónde tú acento?
¿Dónde está tu poder? ¿Rasgas acaso
Bosques espesos cual furioso viento?
¿Tragas cual mar embravecido flotas?
¿Valles cual sol marchitas?

¿Lava cual Etna de tu seno brotas?
Ni olas tienes ni azote,
Rayos ni lava tienes,
Pero ceñidas de poder escelso
Por el escelso Jehová tus sienes,
Poder más grande que la mar y el Etna,
Y el sol y el viento, rígido caminas
Y conocidos orbes
Y orbes ocultos al mortal dominas.
¡Cuantas montañas cuyas altas cumbres
Ante siglos y siglos elevaron,
Con lenta mano, pero mano fuerte,
Los siglos desgajaron!
¡Cuantos castillos que robustos vieron
Pasar generaciones,
Y firmes siempre azote resistieron
De bravos aquilones,
Ruinas los siglos á sus pies hicieron!
Todo á tu curso muere,
Nadie tu curso detener podría;
Siglo venga tal vez en que gastado
El astro inmenso que derrama el dia,
En que de bosques, piélagos, montañas,
Y hasta de tierra el orbe despojado,
Monton ofrezca el mundo,
Monton de piedras y de lava y huesos
Bañado por ese astro moribundo;
Siglo venga tal vez en que de piedras
De lava y huesos ni reliquias queden,
En que la luz que fúnebre lucia
Muera y exista sólo
Inmensidad, inmensidad vacía.

Mas ¿tan sólo eres grande,
Grande tan sólo en arruinar sañudo?
¡Oh! Veo al hombre que vivir apenas
En mar horrible de miserias pudo,
¡Cual con los años oponiendo su alma
Al desaliento, como fuerte escudo,
Vive y sonrie en apacible calma!
¿Qué de los hombres al tragar la tumba
Sus padres y sus hijos
Y sus esposas, prendas tan queridas,
Qué de los hombres fuera
Si tu bálsamo nunca las heridas
Cicatrizar el corazon pudiera?
Tu fortaleza prestas, tus recuerdos
Que amargos acongojan,
Borras, y al paso que á la tersa frente
Arrugas das y en la cabeza escarchas,
Inundas con torrente
Claro y copioso de saber la mente.
La humanidad que en sus primeros dias
Ignorante, salvaje;
Cual las fieras bravias,
Hondas cavernas, chozas habitaba,
Sin saber que otras tierras
El astro régio de la luz bañaba,
Con el primor alzados de las artes,
Hoy suntuosos alcázares habita,
Hoy en raudos vapores
Rauda del mundo la estension visita,
Hoy de los astros cuya altura asombra,
Mide la ruta y corpulencia mide,
Hoy cual sol esplendente, inmensos mares,

Mares de luz la humanidad despide.
Mas aunque altiva con sus triunfos luce,
Aun negras fuentes de ignorancia bebe,
Aun siglos pasarán si ha de mostrarse
Digna del Dios á quien su aliento debe.
Sí, poderoso tiempo,
¿No ves sábias naciones
Cual se destrozan con horrible encono,
Monarca imbécil ó feroz tirano
Para elevar á esplendoroso trono?
¿No ves sábias naciones de riqueza
Cual en piélago bogan,
Y en ellas pobres que trabajo buscan
Y de miseria en piélago se ahogan?
¿No es error tenebroso
Que el hombre, hermano nuestro,
Porque sus puertas adornadas vea
Con frívolo blason, limpia su sangre
Mas que la sangre del honrado crea?
¡Oh! vuela, vuela, tiempo,
Tú en descubrir fecundo
Secretos asombrosos,
Secretos mil enseñarás al mundo.
Cuando en tus senos hayas espaciosos
Tantos siglos hundido
Como marchitas hojas
Caen de otoño al viento enfurecido,
¿Qué no sabrá la humanidad? Si el grande,
Mil veces grande que de tierra y cielo
Es señor absoluto, no tendiera
Sobre las puertas de la tumba un velo,
Con el raudal de ciencia que le diera

Tu alto poder, de lechos sepulcrales
Podridas carnes huesos tomaria,
Los que del mundo huyeron para siempre
Al mundo para siempre traeria
Y de sus bocas, cuanto vive y pasa
Mas allá de las tumbas, oiria.
¡Oh tiempo venerable!
Sigue vertiendo en las humanas mentes
De ciencia suspirada
Caudalosos torrentes,
Y ya que el hombre con su ciencia augusta
De las virtudes el camino vea,
Haz que afanoso le ande
Y más que sábio bondadoso sea.

DOLO R Y ESPERANZA.

—

Una matrona tan bella
Como de pobre atavio
Á las márgenes de un rio
Lágrimas vertiendo está;
Parece que ola tras ola
Diciendo al campo, murmura:
«Un poema de amargura
En cada lágrima vá.»
Vírgen lozana se acerca
En su barquilla bogando,
Fresca corona ostentando
De hiedra en la blanca sien;
Hablan sus azules ojos
De su imperturbable calma,
Gran patrimonio del alma
Que ejerce en el mundo el bien.
Amarra al jugoso tronco
De un álamo la barquilla,
Y á la mujer de la orilla
Pregunta con tierna voz:
«¿Adónde va tu suspiro?
¿De dónde tu queja viene?
¿No tiene acaso, no tiene
Mieses que segar tu hoz?»

«No es mi oficio, amable jóven,
Oficio de labradora;
Soy la más rica pastora
Que en el pais hallarás.»
«¿No produjeron acaso
Dulce fruto tus entrañas?»
«Si vienes á mis montañas
Robustos hijos verás.»
«¿En el valle de tu vida
Flores crecen y no abrojos?
¿Es el llanto de tus ojos
Llanto de inmenso placer?»
«¡No! ¡no! que un dolor profundo
Estoy, barquera, sufriendo!
¡El de vivir poseyendo
Sin cesar de carecer!
¡Con tantos ganados mios
Como ves en la montaña,
Apenas en mi cabaña
Hay un pedazo de pan!
¡Mis hijos, que siempre fueron
Por su valor respetados,
En su choza encadenados
Con dobles hierros están!
¡Los vecinos, que me vieron
Rica y me ven indigente,
Escupen en esta frente
Nacida para el laurel!
¡Por eso mi pecho gime
Á la márgen de este rio!
¡Ni una gota de rocio
Vierte la esperanza en él!»

«¡No llores! mujer, no llores,
Dice la amable barquera;
Espera, mujer, espera,
Tu felicidad de mí!
Adoro tu choza y quiero
Que tu desgracia termine;
Cuando la tarde decline
Iré á visitarte allí.»
«¡Grande eres! la de la márgen
Grita con voz conmovida;
Quiero á tus plantas rendida
Dar culto á tu escelsitud!»
La de la barca responde:
«No el bien que hace mi alma cobra;
La justicia jamás obra
Para obtener gratitud.»
Desaparece la jóven
Consoladora cantando,
Y la matrona esperando
Su amada felicidad:
¡Mi patria, mi cara patria
La de las lágrimas era,
Y una diosa la barquera
Á quien llaman *libertad*!

FIN DE UNA FLOR.

—

Esplendente peonía
Ver á sus plantas queria
Postrados amantes mil;
En amores pretendia
La reina ser del pensil.
Con la sonrisa intentaban
Sus lábios pechos vencer;
A millares se acercaban
Amantes que deseaban
De la sonrisa el placer.
«¡Flores mil con ansiedad
Por mis gracias hechiceras,
Cuál laten siento! ¡Envidiad,
Órgullosas compañeras,
Los triunfos de mi beldad!»
Estas frases pronunció
La flor con altivo acento;
Estas frases escuchó
Y á estas frases contestó
La voz sublime del viento.
«Si atractivo, ó peonia,
La amable coqueteria
Con sus artificios es,
Es atractivo de un dia

Y menosprecio despues.»
«Acabe tu boca, acabe,
Rauda interrumpe la flor;
Me vitupere ó me alabe,
¿Qué importa? El viento no sabe
Tratar asuntos de amor.
Sus amadores esposas
Tomar quisieron al fin,
Y flores las más juiciosas,
Modestas y decorosas,
Buscaron en el jardin.
A la pobre peonía
Que entre millares creia
Gallardo esposo escoger,
Ni un solo galan decia
«Tu esposo pretendo ser.»
Tras coquetas marcharemos,»
Gritaba cada galan;
Sus sonrisas gozaremos,
Mas no el alma les daremos
Que al alma celos darán.»
Suave el viento murmuraba
Al jardin aconsejando;
La peonia escuchaba
Y un torrente derramando
De lágrimas esclamaba:
«¡Cuán solitaria veré
Mi ancianidad!.. ¡Ay de mí!
¿Por qué, insensata, por qué
Las palabras rechacé
Que al viento discreto oí?
Honrado mancebo ansioso

Por mis contornos brillantes
Se uniera á mí presuroso,
¡Y vale más un esposo,
Que rica hueste de amantes!
Marcha el amante ligero
Cuando á su hermosa la tez
Afea el tiempo severo,
Y el esposo es compañero
En la doliente vejez.»
Estas frases escucharon
Las flores y comenzaron
A ser en amor discretas;
Desde entonces acabaron
En el jardin las coquetas.
La sociedad todavía
Pobres coquetas encierra
Que alegres rien un dia,
Y cien, cual la peonia
En llanto inundan la tierra.

PEREGRINACION.

—

El valle que nombran mundo,
Valle de virtud creia
Que nunca pisado habia
El pié de negra maldad;
Del desengaño las aguas
Sobre mi frente cayeron;
Esas aguas me dijeron:
«No es tu creencia verdad.»
Yo prorrumpí, caudaloso
Raudal de saber ansiando:
«Acaso peregrinando
Santa verdad hallaré.»
Y á navegar con audacia
Por el revuelto y profundo
Occéano de este mundo
En débil barca empecé.
Yo el magnífico palacio
Ví del señor opulento,
Yo el miserable aposento
Del triste operario ví,
Yo á la palmera que sombra
Presta al sueño del beduino,
En mi constante camino
Osado el pié dirigí.

Mortales hallé que al prócer
Vil homenage rendian,
Y de los hombres reian
Que en choza mísera están;
Hallé mortales altivos
Que caridad ostentaban,
Mientras ansiosos robaban
Al pobre andrajos y pan.

Mujeres ví maldiciendo
Yugo de castos amores,
De virginidad las flores
Al oro impuro ofrecer;
Mujeres que se jactaban
De amor maternal, profundo,
Sus hijas al lecho inmundo
De la deshonra impeler.

Ví levantar la cabeza
Triunfante á la hiprocresia;
Risa en sus lábios tenia,
Tenia en sus lábios hiel;
Ví á la ingratitud odiosa
Favores mil recibiendo
Y al bienhechor respondiendo
Con desengaño cruel.

Ví dispuestas al pillage
Plebeyas y nobles greyes;
Ví con cadenas los reyes
Al libre pueblo amarrar;
Ví al mancebo que con nota
De justo se erguia ufano,
Las canas del pobre anciano
Escarnecer y arrancar.

El mundo á mi vista entonces
Presentóse cual desierto,
Arido, horrible, cubierto
De arenas de maldicion;
Su sol, cuyos rayos nunca
Ligera nube eclipsaba
Con su fuego me abrasaba
Los lirios del corazon.
Tambien otros hombres y otros
Al mundo fango creyeron,
Pues sólo rugir oyeron
Los huracanes del mal;
Escucharon esos hombres
Del mundo elogio, con pasmo,
Y esos hombres de sarcasmo
Lanzaron risa infernal.
Pero yo dije: «Adelante,
Mientras cadáver no sea;
Acaso mañana vea
Lucir la aurora del bien;»
Y merced á mi constancia,
Pensé al brillar otro dia,
Que el Eterno resolvia
Tornar el mundo en Eden.
Almas ví del infortunio
Sufriendo los vendavales,
Por conservarse leales
Al juramento de amor;
Almas ví que dirigian
Dulce acento respetuoso,
Lo mismo á rey poderoso
Que á mísero pescador.

Hombre ví con el deleite
De cariño verdadero,
Al infeliz pordiosero
Trage y alimento dar;
Hombre ví que de enemigo
Recibió profunda herida,
Ráudo acudir y la vida
Del enemigo salvar.
Mortales que sólo el rostro
De la virtud contemplaron,
El mundo todo pensaron
Que era celeste mansion;
Y en su defensa gritaban
Contra el mortal que decia
Que sólo en el mundo habia
Engaño, robo y traicion.
Mas del pobre peregrino
Vieron los atentos ojos,
Que si hay en el mundo abrojos
Se encuentran flores tambien.
Si duda alguno... «Adelante
Mientras cadáver no sea;
Acaso mañana vea
Lucir la aurora del bien.»

EL MÉRITO DESPRECIADO.

—

La fecunda primavera
Cubre los campos de galas;
Visitando placentera
El jardin y la ribera,
Tiende la brisa sus alas.
En ambos parages flores
De mil matices se ven;
Enaltece á las mejores,
Y á las de pobres colores
Rinde un aplauso tambien.
Ribera y jardin dejando,
Por el mundo se derrama;
Con suavidad murmurando
Las flores va ponderando,
Pues la brisa es de la fama.
De perfume delicioso,
De tallo fresco y hermoso,
De hermoso y vario color,
Sola en desierto arenoso
Halla desdichada flor.
Cruza el desierto ligera
Cual si flor no hallára en él,
Que aunque es la flor hechicera
No fué nacida en ribera,
No fué nacida en vergel.

«Detente, brisa, detente,
Que oigas mis voces anhelo,»
Grita la flor inocente,
Y la brisa complaciente
Detiene su raudo vuelo.
«Brisa, ¿no ves con qué olores,
Con qué formas y colores
Tan envidiables nací?
Merezco, cual otras flores,
Que hables al mundo de mí.
«¿Tú, pobre flor, merecer
Que te pondere? ¡no es cierto!
¿Qué gracias puedes tener
Cuando te veo crecer
En la arena del desierto?»
«Gracias el Abril me dió,
La flor cuitada replica;
Flores que el jardin crió
Ménos hermosas que yo
Tu acento hermosas publica.»
La peregrina hermosura
De las flores elogiando,
La brisa sigue volando,
Mientras queda en amargura
La del desierto, esclamando:
«¡Quién pensára, quién pensára
Que la fama injusta fuera
Y mi beldad despreciára,
Cual si el mérito se hallára
Sólo en jardin ó ribera!
¡Mi mérito quedará
Entre la arena enterrado,

Pues si la fama no dá
Su proteccion, no será
Ni aun lo sublime apreciado!»
La brisa no la escuchaba
Y del desierto salió;
Mas aun la flor exclamaba,
Y un poeta que cruzaba
Su lamentar escuchó.
Poeta, que de cantares
Grandiosos como los mares,
Floridos como el Abril,
En apartados lugares
Pasa su edad juvenil.
Pensando que luciría
De su inspiracion la llama,
En el mundo cantó un dia,
Mas nadie le conocia
Y rechazóle la fama.
«¡Ah! ¡no eres tú sola, no,
Viendo á la flor esclamó;
El mundo preocupado,
Que mis cantos ha escuchado,
Sin mérito me creyó!»

PROCEDERES INESPERADOS.

—

Es la noche; de aquilones
Suena el rugir turbulento;
Cubren negros nubarrones
El azul del firmamento.
Por un terreno quebrado
Do reina la soledad,
Camina un hombre encorvado,
Bajo el peso de su edad.
Sabe que existe una casa
En hondo valle escondida,
Do varon honrado pasa
Tranquilamente su vida.
La historia, la limpia historia
De ese mortal retirado,
En los pueblos es notoria,
Que el pobre viejo ha cruzado.
Marcha á la casa corriendo
Del venerable varon,
En ella, náufrago viendo
La tabla de salvacion.
Ya crece el viento impetuoso,
Ya crece la oscuridad,
Ya lanza, mónstruo espantoso,
Sus iras la tempestad.

Al Dios de los orbes ruega,
Al Dios de los orbes clama,
Y ansioso á la puerta llega,
Y ansioso á la puerta llama.
«Abre, dice, ser humano,
Abre, generoso pecho,
Concede albergue á un anciano
Bajo tu angélico techo.»
«Perdona, hermano,» una voz
Responde con fria calma,
Y hiere tormento atroz
Del pobre viajero el alma.
En tanto la lluvia crece,
Torrentes se oyen bramar,
La tierra toda parece
Tornarse en hórrido mar.
«¡Sálvame, el viajero grita,
De estos peligros, Dios mio!
¡En tu clemencia infinita,
En tu clemencia confio!»
Va con fuerte anhelacion
Por el monte caminando,
La cavidad de un peñon
Do guarecerse buscando.
Cae al fin desfallecido
Cerca de profunda cueva;
Sale robusto bandido
Y á darle albergue le lleva.
Los amigos aplaudieron,
Y al pobre viejo enjugaron,
Y alimento le sirvieron
Y lecho le prepararon.

Volvió á sonreir el dia,
El anciano á caminar,
Y la brava compañía
De ladrones á robar.
En tanto que continuaba
Tranquilo el viejo su ruta,
El recuerdo acariciaba
De la hospitalaria gruta.
De los bandidos la accion
Generosa comparando
Con la del santo varon,
Iba para sí esclamando:
«No del bien desnudo el seno
Se encuentra del criminal,
Y no el corazon del bueno
Se encuentra exento del mal.»

A MI PATRIA.

—

¿Por qué sin lustre y desgreñada siempre
Tu cabellera hermosa?
¿Por qué siempre tu frente majestuosa
Mústia, cual mústia flor?
¿Por qué á los ojos incesante el pecho
Amargo llanto envía?
¡Ay mi pátria adorada! ¡Ay madre mia¡
¡Inmenso es tu dolor!
¡El sábio, el bueno, en el desprecio hundidos!
¡Su vara el juez manchando!
¡El gobernante al pueblo arrebatando
De la boca su pan!
Tú infatigable del deber señalas
A tus hijos la vía;
¡Ay mi pátria adorada! ¡Ay madre mia!
¡Inútil es tu afan!
¡Llora sí, llora! ¡Con tus blancos pechos
Caudillos sustentaste
Que cuando á los tiranos rechazaste,
Se alzaron contra tí!
¡Yo al fiel que ardiente manejó su espada
Libertades pidiendo,
Al rigor de los déspotas mordiendo
Duras cadenas ví!

Te contemplaron sobre imperios fuertes
Alzar con firme planta,
Cual sobre valles, firme se levanta
Montaña colosal.
De estensos mundos la corona escelsa
A tus monarcas diste,
Mas siempre tú de lágrimas vertiste
Caudaloso raudal.
¿Qué alcanzaste llevando á la victoria
De tus hijos las greyes?
¡Ah! ¡la victoria fué para tus reyes,
No, pátria, para tí!
Verdes laureles, libertad, ventura,
Que afanosa buscabas,
No para tus monarcas deseabas,
Para tus hijos, sí.
Mas ¡ay! ¡tus hijos, tus queridos hijos
Siempre hambrientos quedaron!
¡Siempre de hiel con lágrimas lloraron
Su situacion fatal!
¡Por eso siempre desgreñado al viento
El cabello tendias !
¡Por eso siempre pálido tenias
El rostro maternal!
Desde el instante en que naciste, ¡oh pátria!
Fué tu pena profunda;
Hoy ese llanto que tu rostro inunda
Es más desgarrador.
Y aun vates hay que ansíen la sublime
¡Voz de los aquilones
Para cantar con gigantescos sones
Tu dicha y esplendor!

Vayan al valle y hallarán sin mieses
Tétricos labradores;
Vayan al monte y tétricos pastores
Sin ganado hallarán;
Y con el débil, angustioso arrullo
De la tórtola viuda,
Sin dulce tregua la desdicha cruda
De España llorarán.
Pudieras sombra á tus queridos hijos
Prestando deliciosa
Alzarte, oh pátria, sobre el valle, hermosa
Palmera de Sion;
¡Mas desgarrada por traidores viles,
Ni aun puedes en tu duelo,
Deshojada azucena del carmelo,
Consolar su afliccion!
¡Oh! ¡Romperé contra las duras peñas
Mi salterio adorado!
¡Oh! ¡Con el pecho iré despedazado
Bajo el sauce á gemir!
¡Que pobre trovador en el desierto
Del abandono mio,
En vano, en vano prepararte ansío
Risueño porvenir!

EL ARPA DEL AMOR.

—

Celestiales sonidos nos prestan
Las cuerdas del arpa;
Mas tañendo otro dia y otro año
Las cuerdas se gastan.
Amorosos cantares el hombre
Entona á una ingrata;
Pero al fin del amor no premiado
Las cuerdas se gastan.

EXCLAMACION.

¡Ay! ¡qué triste está el campo cuando empiezan
Las hojas á caerse!
¡Ay! ¡qué triste está el cielo cuando oculta
El sol su régia frente!
¡Ay! ¡qué triste está el hombre cuando al alma
El desengaño viene!

EL SÉPULTURERO.

—

Cavando lecho profundo
Para el humano, que muere,
La tierra tranquilo hiere
Con el pesado azadon;
Tranquilo oyendo en la cerca
Del recinto silencioso,
Espirar el misterioso
Eco del lúgubre son.
La tierra, que al golpe salta,
Ensucia sus toscas manos;
Bullen hediondos gusanos
En derredor de su pie;
Y cuál bullen, y cuál comen
Mira con tranquilos ojos,
De otro cadáver despojos
Que allí sepultado fué.
Descarnada calavera
Y descarnadas canillas
Y descarnadas costillas
Al osario lleva ya;
No piensa su ruda mente
Que hombre otro tiempo formaron
De cuyos ojos brotaron
Chispas de genio quizá.

De podridos intestinos
Los hedores respirando,
Alegre jota cantando
Maneja el grueso azadon;
Hombre ninguno de tantas
Dormidas generaciones
Del cavar los hondos sones
Despierta ni la cancion.
¿Que importa al sepulturero
No despierte quien reposa?
Tranquilo cava otra fosa,
Cava otra fosa despues;
Y con placer come y bebe
Cual en riberas floridas,
Sobre las carnes podridas
Que alfombra son de sus pies.
Cadáver de vírgen bella
Que almas vivió enamorando,
Entrégale derramando
Las lágrimas del amor;
De niño llevan cadáver,
Cadáver de agente adulta;
Todos, todos, los sepulta
Sin sentimiento ni horror.
Es absoluto monarca
Del callado cementerio,
Súbdito no hay en su imperio
Que se rebele á su ley;
De este imperio misterioso
Eterna será la calma;
Voló del súbdito el alma
Al imperio de otro rey.

El mundo que triste mira
Esas tumbas tenebrosas,
El mundo á quien abres fosas
Sin corazon te creyó,
Porque al mancebo, doncella,
Niño, anciano, que enterraste,
Ni un ¡ay! tan solo lanzaste,
Como ese mundo lanzó.

Si tú tranquilo sonries
Ante un cuerpo que no siente
¡Cuántos al pobre viviente
Con mano oprimen cruel!
¡Cuántos usurpan riquezas!
¡Cuántos con odio profundo,
Sangre vertiendo del mundo
Viven tranquilos en él!

Trabaja, come, no escuches
Del mundo dicterios vanos;
Huesos, y polvo y gusanos,
Tu virtud respetarán;
Trabaja, come, sonrie,
La existencia es breve dia;
Tu fosa en pos de la mia
Tal vez mañana abrirán.

A una mujer muerta en la primavera de su vida.

—

Envióte el hado á un mundo
Donde se rie y llora,
Más bella que la aurora,
Más pura que la flor;
Las brisas y los rios
Alegres murmuraron;
Los pájaros cantaron
Al ángel del amor.
Del tiempo infatigable
Por mano conducida,
La barca de tu vida
Dejó la infancia atrás;
Y en valle más fecundo
Te alzaste más hermosa,
Con risa candorosa,
Con lágrimas quizás.
Tus gracias virginales
Cantaban mil gargantas;
Veías á tus plantas
Amor de amor en pos;
Cariño al mundo diste,
No diste amor al mundo;
Tu amor era profundo,
Pero era amor á Dios.

Decias, contemplando
La bóveda divina:
«Yo soy la peregrina,
Mi pátria existe allí.»
¡Y el oro que los hombres
Con ánsia van buscando,
Cual cieno, despreciando,
Dejabas tras de tí!
De escasas primaveras
Besábate la brisa,
Y Dios con dulce risa
Al cielo te llamó;
El lirio de los lirios,
La palma de las palmas,
El alma de las almas,
«Ya subo,» respondió.
Gritábate la tierra:
«¡Detente, hermosa mia!»
El cielo te decia:
«¡Oh! ven, hermosa, ven!»
El alma de las almas
Huyó del cuerpo inmundo;
¡Qué llanto hubo en el mundo!
¡Qué risa en el Eden!

RECOMPENSA.

—

—¡Tan, tan!
—¿Quién llama á la puerta?
—Pastora, me tiene yerta
El frio de la montaña;
Si no quieres verme muerta
Dame albergue en tu cabaña.—
—En ella puedes entrar;
Para todo peregrino
Hay lumbre en mi pobre hogar.—
—Soy la *desgracia* que vino
Por esta tierra á viajar.—
Preparóle sin demora
Pan y lecho la pastora;
La misteriosa viajera
Dijo con voz placentera
A su noble bienhechora:
—¡Cuán agradecida estoy!
Soy la *desgracia*, y cual soy.
Debo premiar tus bondades;
Si hay quien dá felicidades
Yo penas tan sólo doy.—
—Guarda para otro esas penas
Que con mofa me regalas.—
—¿Por qué de furor te llenas?

Te las doy porque son buenas.—
—Las ódio porque son malas.—
—Yo al humano mortifico,
Dice la *desgracia*; suerte
Que como buena predico;
Pues así lo purifico
Para el viaje de la muerte.
Tras tu penoso quebranto,
Iras de la gloria en pos;
Yo repetiré entre tanto:
«Por la desgracia y el llanto
Se vá á los brazos de Dios.»

TROVAS.

—

I.

Si ves un triste poeta
Que nunca amores juró,
Que de sus tiros pensaba
Defender el corazon,
Y hoy ardoroso suplica
Inspiraciones á Dios
Para entonar á una jóven
Perpétuo canto de amor,
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

II.

¿Ves un mortal que á los rayos
Mira del brillante sol,
Que mira á la clara fuente,
Que mira á la hermosa flor,
Que mira á la blanca nube
Y al encendido arrebol
Y nada confiesa digno
Del ídolo de su amor?
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

III.

Entona un hombre al sonido
De su lira una cancion
A la dama encantadora
Por quien amores sintió;
Mas no ensalza su belleza,
Ensalza su corazon,
Pues la belleza es del mundo
Y el corazon es de Dios;
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

IV.

Un doncel busca la gloria
Con inaudita ambicion,
Quiere palma más brillante
Que frente alguna ciñó,
Quiere que de polo á polo
Le rindan admiracion
Para ofrecerse más digno
A la prenda de su amor;
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

V.

Cantaba al salir la aurora,
Cantaba al ponerse el sol,
Despreciando las riquezas

Un riojano trovador,
Y ese trovador ansía
Tesoros inmensos hoy
Para la hermosa doncella
Que reina en su corazon;
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

VI.

Quisiera ver á su bella
Un entusiasta amador
Dando consuelo á la viuda
En su cruel afliccion,
Sosteniendo al triste anciano
Que sin apoyo quedó
Y visitando del pobre
La desnuda habitacion;
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

VII.

¿No viste en Abril la rosa
Existiendo con su olor
Hasta que el tiempo severo
Su tierno cáliz ajó?
Así con la amada suya
Vivir quiere el trovador
Formando para los cielos

Sólo una alma de las dos;
Ese, vírgen adorada,
Ese viviente soy yo.

VIII.

¿Me oyes cantar á una hermosa
Al son del dulce laud,
Mientras la noche nos cubre
Ó el dia vierte su luz?
¿A una hermosa que en sus ojos
Ostenta encantado azul,
Oro en su suave cabello
Y en su corazon virtud?
Esa, vírgen adorada,
Esa mujer eres tú.

EL ESPEJO DE LA VERDAD.

—

Muere la noche y la aurora
Derrámase encantadora;
Floresta grande y espesa
Una jóven atraviesa
En traje de cazadora.
No de hermosura brillaba
En su rostro el esplendor,
Pero hermosa se juzgaba
Y en secreto se llamaba
La cazadora de amor.
¿Por qué no, si cien galanes
Ponderaron su belleza?
Hoy que á ser mujer empieza
Ignora que esos afanes
Afanes son de riqueza.
La floresta atravesando,
En su hermosura pensando,
Con dulce placer suspira
Y limpio arroyo encontrando,
En su corriente se mira.
Una vez y dos y tres

Con profunda conviccion
«Soy celestial perfeccion,»
Riendo esclama; tal es
El poder de la ilusion.
«Quien te dice seductora,
Insulta tu fealdad,»
Le grita una voz sonora:
«¿Quién eres?» la cazadora
Pregunta. «Soy la verdad.»
«¿Y no me reputas bella,
Cuando pechos que se inflaman
De mi rostro á la centella,
En fuerte coro la estrella
De las hermosas me llaman?»
«Soy la verdad, caminando
Por valles y pueblos ando;
Me buscan todos y están
Mis palabras escuchando
Y crédito no les dan.»
Hácia la niña en figura
De anciana la verdad yendo,
En sus manos (sonriendo
Con la hiel de la amargura)
Pone un espejo diciendo:
«Cuando de gracias dechado
Te llame un galan postrado,
Al espejo mirarás;
Su corazon retratado
En el espejo verás.»
Los galanes acudieron
Y á la doncella juraron,
Que tan hermosa la vieron,

Que resistir no pudieron
Y esclavos de amor quedaron.
Ella al espejo miró,
Y ella en el espejo vió,
No generosas pasiones,
Miserables corazones
Que el oro vil conquistó.
Y frunciendo el entrecejo
Clama con ferocidad:
«Falsedad ¡oh falsedad!
¡No puede ser este espejo
Espejo de la verdad!»
Dias y dias pasaron,
Dias que no han de volver;
Las riquezas acabaron
Que á la doncella prestaron
Galanes donde escoger.
Y los galanes huyeron
Y abandonada quedó,
Y otros galanes la vieron,
Pero jamás le dijeron
Que hermosa Dios la crió.
Esclama libre del largo
Y aborrecible letargo
De su error y vanidad:
«¡Era aquel, era el amargo
Espejo de la verdad!
Ilusa fuí, ¡bien lo lloro!
Amante... ¡siniestro nombre!
Era el oro, solo el oro,
Quien daba entusiasmo al hombre
Para decirme: «¡Te adoro!»

Además de reprender
Al hombre estos procederes
Que concluis de leer,
Decid, incautas mujeres,
Que no quereis aprender.

Canto de Moisés y los israelitas, despues del paso del mar Rojo.

(TRADUCCION DIRECTA DEL HEBREO.)

1. Canto á Yohwáh que se ostentó sublime
   Lanzando al mar caballo y caballero:
2. Mi fortaleza es él; él mi alabanza;
   El mi alegria; él es mi Dios, lo ensalzo;
   Dios de mis padres él, lo glorifico:
3. Yohwáh, varon de belicoso impulso;
   Yohwáh, su nombre:
4. Carros y falanges
   De Faraon y príncipes ilustres
   Fueron hundidos en el mar Bermejo:
5. Abismos los tragaron, como piedra,
   En abismos cayeron:
6. Admirable
   Yohwáh, la fuerza de tu diestra; hueste
   Contraria destruyó:
7. A tu enemigo
   Postraste en la grandeza de tu gloria;
   Tu ira estalló, tragólo como paja:
8. Aguas amontonáronse á tu soplo;
   Cual líquidas montañas se pararon;
   Simas profundas en el mar hirvieron:
9. «Perseguiré y alcanzaré y la presa

El adversario, partiremos, dijo;
Mi alma se saciará, la espada mia
Desnudará y esgrimirá mi brazo.»
10. Pero soplaste en el coraje tuyo
Y cubriéronlo piélagos; cual plomo
Fué sumergido en impetuosas aguas:
11. ¿Quién como tú, Yohwáh, quién entre fuertes?
¿En santidad, quién como tú, gigante?
¿Quién, como tú, merecedor de cantos?
¿Quién autor, como tú, de maravillas?
12. Estendiste la diestra, al enemigo
La tierra se tragó:
13. Guió á estas gentes
Y redimiólas la clemencia tuya;
Tu fortaleza á tu morada santa
A estas gentes llevó:
14. Pueblos oyeron
Y esos pueblos airáronse; amargura
Las almas invadió de Palestina:
15. Fueron de Edom entonces conturbados
Los príncipes, sintiéronse cobardes
Los fuertes de Moab, quedaron yertos
De Chanaan los habitantes todos:
16. De tu pujanza en la grandeza inmensa,
Miedo sobre ellos y pavores caigan,
Hasta pasar tu pueblo, hasta que pase
Pueblo feliz, Yohwáh, que redimiste:
17. Lo llevarás y plantarás en monte
De tu heredad, lugar de tu morada,
Yohwáh, que construiste, Señor mio,
Santuario, que tus manos afirmaron:
18. Yohwáh, por siempre reinarás, por siempre.

SALMO III.

(TRADUCCION DIRECTA DEL HEBREO).

1. ¡Cuánto, Yohwáh, los adversarios mios,
Cuánto crecieron! ¡Braman numerosos
Rebeldes contra mí!
2. Gritos y gritos
Oigo sonar que dicen á mi alma:
«Nunca en tu Dios encontrarás socorro.»
3. Tú eres, Yohwáh, mi amparo, tú mi gloria,
Tú, quien ensalza la cabeza mia:
4. Llamó á Yohwáh mi voz, Yohwáh dignóse
Mi voz oir desde su monte santo:
5. Yo dormí, reposé, batí mi sueño,
Porque Yohwáh me concedió su apoyo:
6. No acobardarme lograrán las gentes
Que en torno mio con furor se agrupan:
7. Levántate, Yohwáh, préstame auxilio,
Tú, que mejilla á mi enemigo heriste,
Tú, que al impío dientes quebrantaste:
8. De Yohwáh la salud, sobre su pueblo
Derramará Yohwáh sus bendiciones.

EL INVIERNO.

—

...Traspassa al traspasar d' un giorno,
Della vita mortale il flore e'l verde;
Né perche faccia indietro April ritorno,
Si rinflora ella mai, ne si rinverde (1)

TASSO.

¿Dónde están los ruiseñores
Que entre el follage cantaban?
¿Dónde los murmuradores
Céfiros que acariciaban
Arboles, yerbas y flores?
¿Por qué se ajaron las rosas,
Secáronse los jazmines,
Las abejas oficiosas,
Las volubles mariposas
Huyeron de los jardines?
Todo alegraba el estío,
El valle, el monte, la sierra;
Pero ¡ay! el invierno impío
Con su aridez, con su frio
Llenó de luto la tierra!
A desplegar corto vuelo
El pájaro no se atreve,
Busca yerba con anhelo,

---

(1) .....En breve tiempo
Se marchitan las flores de la vida;
Torna á lucir sus galas primavera,
La juventud no torna.....

No la encuentra, porque el suelo
Está cubierto de nieve.
Con sus empujes violentos
Azotan furiosos vientos
Los rios, valles, montañas,
Los palacios opulentos
Las miserables cabañas.
El ignorante aldeano
En su forzosa inaccion,
Consume acopio de grano,
Que recogiera en verano
Con alegre animacion.
La carne desnuda, yerta,
Por la cruel frialdad,
El pobre apenas acierta
A escitar la caridad
Llamando de puerta en puerta.
Tienen invierno homicida
El monte, el campo, el vergel;
Aunque del hombre querida,
¡Ay de mí! ¡tambien la vida
Tiene un invierno cruel!
A sus horribles furores
El entusiasmo fogoso
Perdemos, y los amores,
Cual pierde campo frondoso
Su bello manto de flores.
A este campo, placentera
Tornará una primavera,
Siempre que invierno sucumba;
Pero ¡ay! al humano espera
Tras de su invierno su tumba!

POESIA INSERTA EN UN ALBUM.

—

Para que adornes tu cabeza hermosa,
¿Qué te dará el poeta del dolor?
Darte quisiera perla esplendorosa,
Mas solo tiene deshojada flor.

Esa es la flor, resplandeciente un dia;
Esa es la flor que tanto idolatré;
Esa es la bella flor de mi alegria
Que en las desgracias marchitada fué.

No á tu hermosura, pompa seductora
Hoy sin aroma mi color dará,
Mas si tu pecho al contemplarla llora,
¡Qué bien el llanto á la mujer está!

Mi corazon hollado, en su martirio
Del mundo por la sátira cruel,
Piensa que es tierno, embalsamado lirio,
Vírgen que vierte lágrimas por él.

Si de infortunio el viento no probaste,
Pronto tal vez tu flor deshojará;
Que entonces llore, cual por mí lloraste,
Bálsamo dulce á tu dolor será.

LA GUITARRA POPULAR (1).

—

PRÓLOGO.

Ordinariamente las clases poco cultas de la sociedad española usan en sus canciones populares, letrillas que carecen de pensamiento ó espresan gracias incompatibles con la honestidad. Alto servicio se presta al progreso humano sustituyendo estas composiciones nocivas ó superficiales, con otras que entrañen belleza literaria y enseñanza moral.

Algunos autores, dignos de alabanza, han iniciado esta empresa, publicando libros de canciones populares; pero no han conseguido que se propaguen cuanto la grandeza de los fines deseados exige, porque el volúmen del libro requería un precio disconforme con la fortuna de las clases que más necesidad tienen de leerlo, estudiarlo y educarse. Nosotros publicamos esta coleccion de seguidillas y jotas con la esperanza de que, siendo muy reducida en número y pudiéndose por lo tanto, vender muy barata, acaso llegue á las tabernas y á las chozas, y produzca efectos favorables á nuestros propósitos de moralidad y cultura.

---

(1) Incluimos con gusto la Guitarra popular en nuestra coleccion de poesías, no porque le atribuyamos mérito literario, sino por la sana intencion que encierra.

SEGUIDILLAS.

—

1.

No aceptes para esposo
Á ningun hombre
Que te ruegue con bajas
Humillaciones;
Que quien se humilla
A todos menosprecia
Cuando está arriba

2.

No aceptes para esposo
Á quien te adule,
Porque el hombre que adula
Mentiras urde;
Y no hay quien niegue
Que el matrimonio honrado
Verdades quiere.

3.

No aceptes para esposo
Al que te ofrece
Un tesoro de amores
Sin conocerte;

Porque su afecto
Se queda fuera y todas
Le quieren dentro.

4.

Para marido escoje
Al mozo franco
Que es consecuente y vivo
De su trabajo;
Porque este mozo
Preferirá sus hijos
Y esposa á todo.

5.

Nadie, muchachos, para
Casarse escoja
A la mujer prendada
De su persona;
Cualquier elogio
Le hará olvidar la dicha
Del matrimonio.

6.

No aspireis á mujeres
De pretensiones
Que quieren elevarse
Como las torres;
Pues es notorio
Que mientras ellas se alzan
Caeis vosotros.

7.

Mujer que no repela
Con energía
La gracia exagerada
Que solicitas,
No es la más fuerte
Para ser ser como esposa
Lo que ser debe.

8.

La que haya sido buena
Hija y hermana
Hallando sus encantos
Dentro de casa,
Esa conviene
Al que gozar la dicha
De esposo quiere.

9.

Frescas las flores brillan
En la mañana,
Pero al caer la tarde
pierden sus galas;
Jóven hermosa,
Cuando sientas orgullo
Piensa en las rosas.

10.

Libertad un patriota
Con fé predica
Y en tanto oprime y veja

Á su familia;
Dadle de palos
Que hombres así merecen
Ser siempre esclavos.

11.

Todos las flores aman
Por su belleza,
Pero al verlas marchitas
Todos las dejan;
Algunos hombres
Tratan á las mujeres
Como á las flores.

12.

Falsas son las mujeres,
Los hombres falsos;
Unas y otros afligen
Con sus engaños;
Mas son peores
Los males que mintiendo
Causan los hombres.

13.

Dices que estás resuelta
A no casarte,
Porque felíz te crees
Junto á tus padres;
Si ellos te faltan,
Ya verás sin marido
Lo que te pasa.

14.

Los hombres ó mujeres
Que con su ingénio
Cautivan corazones
Por pasa tiempo,
Son asesinos
Que merecen por pena
Sufrir lo mismo.

15.

No trates, niña hermosa,
Con ceño altivo
Al mancebo que quieres
Para marido;
Cuando lo sea
Cobrará el mil por ciento
De tus durezas.

16.

Jóven de veinte abriles
Que en el espejo
Siempre estás contemplando
Tu rostro bello;
Mira á tu alma
Á ver si en ella encuentras
Alguna mancha.

17

Cuando mueras no esperes
Que llore mucho,
Pues marcharé contigo

Al otro mundo,
Si no lo hubiere,
Dios injusto sería
Con los que mueren.

18.

En el hombre que te ama,
Niña, no fies
Si su amor calla y teme
Que se publique;
Pues los leales
Sienten placer diciendo
Que son amantes.

19.

Mujer que con los pobres
Apenas hablas,
Pues con los pobres crees
Que te rebajas;
Busca á los grandes,
Elevándote es fácil
Que te rebajes.

20.

La belleza del cuerpo
Rápida muere;
La belleza del alma
Nunca perece;
Los que en el rostro
Buscan las gracias, viudos
Se quedan pronto.

21.

Estraño que en tu casa
Tanto te cubras
Y vayas á los bailes
Cuasi desnuda;
Si eso es decencia,
Un dia imitaremos
A Adan y Eva.

22.

Que es muy lujosa, amigo,
Tu novia dices,
Y que mi cara prenda
Humilde viste;
Di que abundancia
Producirá la mia,
La tuya trampas.

23.

Mi amante al que no tiene
Presta ó regala,
Pero no da á los hombres
Que no trabajan;
Pues es sabido
Que quien ócios protege,
Protege vicios.

24.

Satisfechos se creen
Los seductores
Y yo los considero

Como ladrones;
Niñas, vosotras
Decidles que os repugna
Gente que roba.

25.

¿Ves la nube que cruza
Rauda el espacio?
De la misma manera
Pasan los años;
Si alguno sufre
Por tu hermosura, niña
Piensa en la nube.

26.

La casa donde viven
Tus tiernos padres
Por seguir á tu amado
Abandonaste;
El va orgulloso
Sin saber que es muy fácil
Huyas con otro.

27.

Si algun hombre te habla
De sus conquistas,
Su amistad, bella jóven,
Te perjudica;
Pues dirá á otras
Que sobre tí ha alcanzado
Nueva victoria.

28.

Por cuidar con esmero,
Niña, á tus padres
Siendo fresca y lozana
Te marchitaste;
Vente conmigo:
Quien á sus padres cuida
Cuida á sus hijos.

29.

Una tocaba el piano,
Otra cantaba,
Otra era haciendo versos
Afortunada.
«¡Cuánto más vale,
Les dije, una muchacha
Que cosa y planche!»

30.

Niña de bellos ojos
Que coqueteas
Para que con envidia
Triunfar te vean;
¡Ay! ¡Tus victorias
El público sensato
Llama derrotas!

31.

Como tras ilusiones
Hay desengaños,
Hay, despues de los vicios

Dias amargos;
El que lo sabe
Y no vence en la lucha
Es un cobarde.

32.

Con ese traje nuevo
Que te embellece,
Dicen cuantos te miran
Que vas decente;
Mas tu decencia
No es decencia por dentro
Sino por fuera.

33.

Que se nace y se muere
No hay duda, mozo;
La duda está en la puerta
Del matrimonio;
Pues nadie sabe
Para la dicha entonces
Si muere ó nace.

34.

Por hablar con Dolores
Un jovencito
No descansa ni aprende
Ningun oficio;
¡Pobre muchacho!
¡No tendrá nunca esposa
Ni tendrá cuartos!

35.

Niña que no posees
Mucho dinero,
No vayas con vestido
De terciopelo;
Pues no llevarle
Mejor es que no que oigas
«¿De dónde sale?»

36.

Tus padres, cara prenda,
Novio te buscan,
Mas con él no te cases
Si no te gusta;
Pues está visto
Que sin amor las bodas
Son sacrificios.

37.

Al rico que se escede
Llaman travieso
Y al pobre califican
De majadero;
Los que te falten,
Niña, pobres ó ricos
Son animales.

38.

Baila, morena, jota
O baila danza;
Lo que quiero es que bailes

Como Dios manda;
El que te obceque,
Será el juez más severe
Que te condene.

39.

Si mirando á los ricos,
Muchacho, penas
Porque viven contentos
Con sus haciendas,
Mira á los pobres
Y curarás la envidia
Que te corroe.

40.

Te resientes, mocito,
Porque tu novia
Sufre y se enfada cuando
Miras á otra;
Que Dios te guarde
De una novia que nunca
Sufra y se enfade.

41.

En lugar de quejarte
De las mujeres,
Diciendo y más diciendo
Que son infieles,
Recuerda, chico,
Cuantas veces con ellas
Infiel has sido.

42.

Yo le digo: «Estás presa,
Linda muchacha,
Sin haber cometido
Ni aun leve falta;
Y ella responde:
«Más que ser libre valen
Ciertas prisiones.»

43.

Hácia el amor, muchacho,
Tu alma dirige,
Pero á una belleza
Sólo cautives;
Quien á dos vence
A un corazon da vida
Y al otro muerte.

44.

Si hoy asistir no quieres,
Niña, á los bailes,
Puede ser que lo quieras
Cuando te cases;
No te aconsejo
Que hagas ninguna cosa
Fuera de tiempo.

45.

Vender las botas puedes,
La honra, nunca,
Pues las botas se encuentran

Por corta suma;
Mientras la honra
Ni en mercados ni en tiendas
Niña, se compra.

46.

Dices que te queria
Cierta muchacha
Y que le has contestado
Con calabazas;
Si verdad fuera,
Por agradecimiento
No lo dijeras.

47.

Galan de los galanes
Eres muy rico,
Y una muchacha pobre
No te ha querido:
Te enseña esto
Que existe algo que vale
Más que el dinero.

48.

Sin causa tus amores
Dejó un muchacho,
Tu lo ocultas y él goza
En publicarlo;
Tú hablar debias
Y él solo avergonzarse
De su perfidia.

JOTAS.

—

1.

Quien no es constante merece
Que nadie le corresponda;
Tú sabes, lucero mio,
Que es constante quien te adora.

2.

El nó primero es dudoso
Y el nó segundo tambien,
Pues con ellos muchas veces
Dice que sí el corazon.

3.

Si como bailas y ries
Arreglas tu casa, niña,
Dispuesto á todo me tienes
Para traerte á la mia.

4.

Niña, si no quieres trampas
Y con las trampas disgustos,
No elijas á un pobre vago
Ni á un rico que gaste mucho.

5.

No me desaires, rubita,
Pues aunque no tengo nada,
Sé trabajar y la hacienda
Con el trabajo se gana.

6.

Si quieres tener marido
Y algun borracho te gusta,
Sabe que el borracho solo
Tiene de hombre la figura.

7.

Si admiro, niña, en las flores
El suave aroma que exhalan,
En tí la virtud admiro
Que es el aroma del alma.

8.

La que tiene por costumbre
Hacer cautivos á muchos,
Es fácil que llegue á vieja
Sin ser mujer de ninguno.

9.

Si es usurero tu esposo
Serás esposa infeliz,
Porque tendrá más cariño
A sus tesoros que á tí.

10.

Mujer bonita que quieres
Un marido sin defectos,
Abre las puertas del alma
A ver si estás limpia de ellos.

11.

Galanes conquistadores,
Respetad la esposa ajena,
Si quereis tener derecho
A que respeten la vuestra.

12.

Mancebito desbocado,
Contra las mujeres no hables,
Pues por lo ménos entre ellas
Encontrarás á tu madre.

13.

Si pretendes que los hombres
Con gran respeto te traten,
Déjalos cuando te digan
Graciosidades picantes.

14.

El amor que el alma siente
Pueden declararlo todos;
Pero el hombre con la boca
Y la mujer con los ojos.

15.

Paloma que á un solo amante
Dedicas tu tierno arrullo,
Dios quiera que como tú
Sea la mujer, que busco.

16.

Pues bendecida de todos
Es la mujer recatada,
Cuando canten á tu puerta
No salgas á tu ventana.

17.

Morena de negros ojos,
No vayas mucho á la fuente,
Pues no serás más buscada
Porque te vean más veces.

18.

Quien te busque, busque en vano
Por las plazas y las calles;
Quien te busque que te encuentre
En la casa de tus padres.

19.

Niña, tu confianza nunca
En gratas ofertas pongas;
Si quieres que no te engañen,
Confia sólo en las obras.

20.

Agradecida eres, jóven,
Con todo el que bien se porta,
Y una mujer que agradece,
No puede ser mala esposa.

21.

Las que mirais mucho al hombre
Ó no le mirais, sabed
Que mucho mirarle es malo
Y no mirarle tambien.

22.

Las niñas que coquetean
Triunfan y pierden sus triunfos,
Las discretas triunfan menos
Pero su triunfo es seguro.

23.

Hay en las mujeres feas
Un algo que nos encanta,
Por eso aunque sean pobres,
Tambien las feas se casan.

24.

No me des, niña, esperanza
Si me has de negar tu mano,
Pues eso es pagar mi afecto
Con un cruel desengaño.

25.

La mujer que á dos galanes
Entretiene con su amor,

A veces se sacrifica
Y sacrifica á los dos.

26.

Quien á la fuerza pretende
Que una muchacha le quiera,
Debe saber que sólo odio
Nos proporciona la fuerza.

27.

Amor que nace del rostro
Es amor que pronto acaba,
Amor que nace del trato
Es amor que nunca pasa.

28.

Manos y pies con esposas
Y con grillos se sujetan;
Los corazones tan sólo
Con el amor se encadenan.

29.

No conviene á ningun hombre
Mujer que pinta su cara,
Pues la que finge otro cútis
Pudiera fingir otra alma.

30.

Te quiero porque á las rosas
Tu bello color robaste,
Al sol la luz de tus ojos
Y tu corazon á un ángel.

ÍNDICE.

	Págs.
Prólogo	5
Las flores de la ribera	7
A la muerte	10
Amistad de la brisa	15
El mundo, el hombre y Dios	18
La rosa y la espina	22
La muerte de un bandido	25
Dos nuevas arrugas	29
Fantasia cruel	32
Dos viajeras	35
Epístola moral á Antígono	38
La sociedad de las flores	42
Fugacidad	45
La rosa de Alejandría	48
Napoleon y España	52
Gobierno de las flores	56
El amor	60
Meditacion	63
El trabajo	65
Meditacion	67
A la flor Don Diego de noche	69
Mi deseo combatido	73
Historia de un ruiseñor	77
A mi madre	79
Amor de una rosa	83
Impotencia mia	86
La prision merecida	90
A la tierra	94
Recuerdo de los ultrajes	97
Ceguedad de una mujer	100
A Babilonia	104
Deseo	107
A Cervantes	111
La verdad en su trono	115
Ofrenda	119
La leña hospitalaria	122
Sion de la virtud	124
La pluma y el roble	125

Págs.

El niño y el anciano. 126
Pensemos. 127
Lo que es amor. 128
Pequeñez del hombre ante Dios. 129
Las dichas que pasaron. 130
Comparacion. 131
La viajera incansable. 132
Consejos de un rosal. 133
A mi padre. 136
Al viento. 139
Esperiencia de un arroyo. 143
Tristeza y alegría. 147
Al tiempo. 151
Dolor y esperanza. 156
Fin de una flor. 159
Peregrinacion. 162
El mérito despreciado. 166
Procederes inesperados. 169
A mi pátria. 172
El arpa del amor. 175
Exclamacion. 176
El sepulturero. 177
A una mujer muerta en la primera de su vida. 180
Recompensa. 182
Trovas. 184
El espejo de la verdad. 188
Canto de Moisés y los israelitas, despues del paso del mar Rojo. 192
Salmo III. 194
El invierno. 195
Poesía inserta en un álbum. 197
La Guitarra popular. 199
Seguidillas. 201
Jotas. 215

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

Treños de Jeremías. (Traduccion del hebreo en verso.)
Cantar de los cantares. (Id.)
Oda á Fray Luis de Leon. (Escrita en hebreo.)
La flor de la caridad. (Novela.)
El rondador de Gandesa. (Id.)
El poeta Daniel, ó todos somos iguales. (Id.)
La manifestacion de la escoba. (Comedia.)
Gratitud heróica. (Id.)
Glorias de Cataluña. (Drama.)
La rosa de la aldea. (Melodrama.)
Salmos democráticos. (Folleto político.)
Oposiciones y concursos. (Id.)
Dogma de la compatibilidad parlamentaria. (Id.)
Método objetivo de lectura.
El valiente Pepito y la bella Anita. (Práctica de lectura mediante parábolas.)
Almanaque etimológico y poético para 1876.
Oracion universal. (Coleccion de poesías.)
La guitarra popular. (Id.)
La lira riojana. (Id.)

PARA PUBLICAR.

Vida narrativa y crítica de Fray Luis de Leon.
Elementos de gramática caldea.
El armonismo, ó sea conferencias sobre organizacion fundamental de las sociedades.
Cármen la gran coqueta. (Novela.)
Un ángel en la tierra. (Id.)

HIJOS DE FÉ, EDITORES.

Véndese esta obra en las principales librerías de la nacion, al precio de tres pesetas en Madrid y tres y media en provincias. La administracion central, en el establecimiento de los editores, calle de Jacometrezo, núm. 44, Madrid.